

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

CURTIS GARLAND

ROSAS NEGRAS PARA MORIR



COLECCION

¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIALES

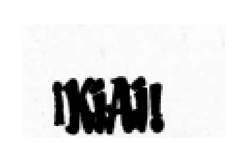
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

65. — ¡Yo quiero money! Ralph Barby
66. — Sonata de amor y muerte. Clark Carrados
67. — ¡Mójame, que me quemo! Ralph Barby
68. — Ajedrez de terror. Curtís Garland
69. — La sociedad de la muerte. Clark Carrados

CURTIS GARLAND

ROSAS NEGRAS PARA MORIR

Colección ¡KIAI! n.° 70
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO
ISBN 84-02-04952-4

Depósito legal: B. 5.734 - 1978

impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1978

Impreso en los Talleres gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650; Barcelona - 1978

PROLOGO
EMBOSCADA A UNA MUJER

Era una calle sin salida.

Corta, oscura y solitaria. Solamente una luz iluminaba el único acceso. Una bombilla colgaba de la esquina, diluyendo su claridad amarillenta en una zona limitada. Su reflejo daba una cierta penumbra al resto del callejón, para ir a morir en la negrura del muro de ladrillos que cerraba el otro extremo.

En medio de la calle estaba ella. Sola, erguida, sobre sus piernas abiertas, ágiles y musculosas. Cerrando la salida del callejón casi con tanta contundencia como el muro de ladrillos, los luchadores.

Los contó. Eran cinco. Cinco hombres agazapados, en guardia, dispuestos al ataque. Sus rostros eran como manchas de sombra donde brillaban malignamente irnos ojos implacables, fijos en ella.

Al otro lado, el muro ofrecía nulas posibilidades. Era demasiado alto para ser Salvado por persona alguna. Hubiera necesitado para ello una pértiga altísima, y las facultades de un atleta de esa especialidad.

Ella respiró hondo. Sus brazos se adelantaron. Sus piernas arqueadas se apoyaron con fuerza en el suelo húmedo, de negro asfalto. Estaba en guardia. Alerta. Dispuesta a luchar. A matar o a morir, puesto que sabía que la lucha sería inexorablemente a muerte. No podía ser de otro modo. Eran asesinos, y lo sabía. Iban a por su vida, y eso también lo sabía.

No había otra escapatoria. Tendría que luchar. A pesar de la diferencia numérica y de las adversas circunstancias, tenía que hacerlo. Nunca había eludido el choque. Pero esta vez sabía que, caso de inclinarse la pugna a su favor, los enemigos apelarían a otros recursos menos nobles. Iban armados, eso era seguro. Pero preferían la pugna silenciosa, en aquella zona extrema de la ciudad, antes de recurrir a otros medios más contundentes y ruidosos.

Avanzaron los luchadores hacia ella. La mujer solitaria se

dispuso a rechazar el primer acoso. Los agresores, muy astutamente, se extendían en abanico, formando dos líneas; la primera de tres hombres y la segunda de dos, escalonados hábilmente.

—Esos malditos diablos... —musitó entre dientes ella, recorriéndoles con aguda ojeada—. Saben lo que hacen...

Luego se desencadenó el ataque.

La primera línea de enemigos se puso en acción, efectuando un movimiento envolvente. Ella dio un paso atrás, alzando sus brazos. Dos de los adversarios saltaron simultáneamente sobre la mujer acorralada.

Fue como si, repentinamente, el cuerpo femenino se transformase en una especie de fantástica pantera negra. La luz lejana hizo brillar el tono oscuro de su piel. Era como si fuese de bronce su piel. O de oscura madera viviente. Brillaron especialmente los elásticos músculos de sus brazos y piernas. Estas, ceñidas por los pantalones téjanos gastados y deshilachados, aparecían desnudas desde sus muslos, ya que los téjanos habían sido cortados como unos *bermudas* playeros.

Sobre el rostro hermoso y exótico de la mujer de color, una melena rizada, al estilo *afro*, formaba un singular halo negro y brillante, que se agitó con el impulso de su imprevisible salto hacia adelante, en dirección a los dos agresores.

—¡Cuidado con ella! —avisó roncamente una voz—. ¡Esa maldita mujer es una gran luchadora! ¡Recordad que ella es Lena Tiger, uno de Los Tres Dragones de Oro!

Pero Lena Tiger, que siempre había sido una experta en *Aikido*, les sorprendió a todos con una nueva técnica, con una disciplina de lucha totalmente imprevisible para ellos.

Lena Tiger, uno de los miembros de Los Tres Dragones de Oro, utilizó esta vez la nueva disciplina que había últimamente aprendido a dominar en el *dojo* donde habitualmente ejercía sus actividades de *budoka* y que, naturalmente, se hallaba en la propia residencia de los Dragones, reconstruida tras la trágica destrucción de la anterior, a manos de los criminales servidores del Señor del Ajedrez, uno de los

más increíbles y poderosos enemigos de los que hasta entonces conocieran, enfrentándose a ellos[1].

Esa nueva disciplina que Lena dominaba, era el *Tae-Kwon-Do o karate volador*. Y con una hábil maniobra de *Tae-Kwon-Do*, fue como la hermosa y ágil mulata sorprendió a sus más inmediatos contrincantes.

El cuerpo elástico, ágil y armonioso, voló por los aires, haciendo honor al nombre de aquella disciplina por ella utilizada ahora. Era un movimiento de ataque en *Yop Cha Ki*.

Ello significaba que las piernas de ella, lanzadas vertiginosamente hacia adelante, en un desplazamiento aéreo vertiginoso, martilleaban simultáneamente con el tacón derecho del pie y con el brazo izquierdo en direcciones lógicamente opuestas.

Los dos enemigos más próximos emitieron un doble aullido de dolor al sufrir en sus cuerpos el formidable impacto de su pie y mano. Ambos, como fulminados, cayeron ante ella, chocando sordamente con el mojado asfalto.

Los otros tres combatientes se miraron entre sí, inquietos. Aquella primera prueba de contundencia y de eficacia de su solitaria amiga, les había llevado una oleada de incertidumbre y preocupación, sin duda alguna.

Luego, uno de ellos lanzó una orden rotunda, precisa :

—¡Basta de miramientos! ¡No luchéis con ella! Es capaz de abatirnos a todos fácilmente. Usad las armas.

—Pero pueden oírnos... —objetó uno, indeciso, mientras Lena volvía a caer sobre sus pies, firmemente, dispuesta a seguir atacando.

—¿Y qué diablos importa eso? —aulló el jefe del grupo—. ¡Lo importante es terminar con ella, sea como sea! Luego veremos si lleva encima lo que estamos buscando.

—¿Y si no lo llevase? —argumentó el otro—. Una vez muerta, no podría hablar...

—Entonces, no la matéis. Pero ¡tirad a herirla y terminad con su resistencia, maldita sea! —rugió el hombre que llevaba la voz cantante en el trío de supervivientes del grupo agresor.

Lena descubrió entonces las armas en manos de los tres hombres. Eran revólveres de cañón corto, calibre 38, dispuestos a hacer fuego sobre ella sin contemplaciones. Lena Tiger esperaba algo así. Por ello saltaba ya hacia adelante, de nuevo, en un movimiento de *Ap Cha Ki* o patada frontal. Pero eso sólo podía abatir a uno de sus enemigos, el más cercano. Y así fue. El impacto de su pie en el entrecejo del hombre armado, un punto vital o *atemi* conocido con el nombre oriental de *Cho-to*, fue mortal de necesidad. Abatió al enemigo fulminantemente, sin vida.

Pero los otros dos ya la tenían bajo el punto de mira de sus revólveres. E iban a disparar sin remedio.

Eso significaba la muerte, y Lena lo sabía. No podía hacer nada por evitarlo. Era la segunda línea de enemigos, y estaba demasiado lejos de ella, fuera del alcance de sus posibles intentos defensivos.

Sólo un milagro podía salvarla, en aquel callejón sin salida, de las balas de sus adversarios.

* * *

Y el milagro llegó.

Llegó cuando ya la vida de Lena Tiger tenía en apariencia un mínimo valor, si es que tenía alguno.

Un par de faros proyectaron un chorro doble de luz blanca, cruda y cegadora, al interior del callejón, bañando en ella tanto a Lena Tiger como a los hombres armados que amenazaban a la bella mulata.

Se volvieron, con una sorda imprecación, los enemigos de Lena Tiger. Las portezuelas del automóvil que acababa de bloquear la única salida del callejón, se abrieron a ambos lados. Emergieron dos figuras rápidas, elásticas como felinos agresivos.

Precipitándose sobre los hombres armados, que vacilaron en disparar, llegaron antes de que los índices de ambos individuos apretaran los gatillos de sus armas.

Las dos figuras recién aparecidas, fueron como sendos huracanes desatados, desarbolando toda posible resistencia de los rufianes.

Cayeron sobre sus antagonistas, y brazos y piernas, en perfecto juego armónico, se dispararon violentamente, alcanzando los brazos armados y los cuerpos de los adversarios de la mulata.

Un grito ronco, poderoso, vibró en la noche, retumbando en las paredes de ladrillo del callejón:

—¡KIAI!

Y como si ese grito espolease a quien lo lanzaba, una figura de rubia cabellera proyectó al enemigo, ya desarmado, como si fuese un simple pelele, por los aires, tras un formidable golpe en *Mae-Geri-Jodan*, que quebró los huesos del rostro del individuo.

Simultáneamente, el otro luchador lograba lanzar sus manos, en posición de *Tao-Shou* o cuchillo, rígidas y tensas, en un doble impacto veloz, fulminante, que alcanzó al enemigo en dos puntos vitales o *atemis*: la punta del mentón o *San-Ming*, y el *Kyo-Sen* o plexo solar.

El hombre se desplomó en seco, con un gemido ronco. Los dos impactos habían dejado inconsciente al rufián. La batalla había terminado.

—Dios sea loado, sois vosotros... —murmuró Lena, roncamente —. Creí que había llegado a mi última aventura. ..

—Por fortuna, no, preciosa —rió Kwan Shang, emergiendo de la zona de sombras. El joven oriental mostró, a la luz de los faros, su oliváceo rostro de facciones exóticas y ojos oblicuos—. Frank y yo hemos llegado muy a tiempo, por lo que veo.

—¿A tiempo? Yo diría que fuisteis providenciales —suspiró ella.

—No podemos dejarte sola, ¿eh, encanto? —rió a su vez Frank Cole, llegando al lado de la esbelta y hermosa mulata, a quien rodeó con un brazo afectuoso, atrayéndola hacia sí—. ¿Ya estás metida en jaleos?

—Y qué jaleos... —musitó ella, apoyando su cabeza tiernamente en el rostro de su amigo—. Frank, confieso que no sé desenvolverme

sola. Esos tipos pensaban matarme. Y lo hubieran hecho si no llegáis vosotros…

—Hablaremos de ello más tarde —la besó en la mejilla. Luego, al alzar ella el rostro y clavar sus oscuros ojos apasionados en el rostro anguloso y viril del joven *budoka* americano, éste se inclinó y cubrió la carnosa boca con sus propios labios, en un contacto profundo y largo —. Ahora vamos a un sitio tranquilo, donde podamos charlar de todo esto, Lena. ¿Te encuentras bien?

—Sí, perfectamente.

—¿Ninguna herida, ningún golpe…?

—Nada, estate tranquilo. Vamos ya —miró a los caídos—, ¿Vas a avisar a la policía?

—Sí. Se harán cargo de los que estén inconscientes. Veremos lo que pueden averiguar a través de ellos.

—No creo que sea mucho. Son simples asalariados de alguien. Reciben órdenes. Eso es todo. Posiblemente incluso las reciban de un intermediario que no sabe nada de cada grupo. Todo es tan oscuro, tan misterioso, en este asunto…

—Ya nos hablarás de él. Imagino que así debe ser por lo que nos dijiste… Sube al coche. Nos vamos.

Kwan usará el radioteléfono para comunicar con la policía.

Lena subió al vehículo con los dos. Mientras Kwan Shang hablaba con el teniente Dobkin, indicándole el lugar exacto donde habían dejado a los adversarios inconscientes, Frank y Lena se miraron entre sí, en silencio. El conducía a velocidad media, cruzando las silenciosas calles cercanas a Chinatown, de regreso a Nob Hill, donde tenían su residencia.

—De modo que durante nuestra ausencia de San Francisco, encontraste serios problemas., —comentó Frank, tras una larga pausa.

—Sí, ya lo ves. Más serios de lo que imaginaba.

—Encontramos tu mensaje en el grabador telefónico. Fuiste muy explícita. Por eso pudimos dar contigo.

—¿Cómo localizasteis el lugar exacto donde me habían tendido la emboscada?

—Fue sencillo. Nos diste una dirección, ese local cercano a Chinatown, el Golden Room. Fuimos allá. No estabas ya, pero un camarero nos indicó que habías salido, y que te siguió una pareja de hombres, a quienes vio subir a un coche rojo, parado frente al establecimiento, y en el que iban otros hombres. Estaba seguro de que te habían seguido y estaba preocupado por ello. Se alegró de que fuéramos amigos tuyos y te buscáramos. Nos indicó el camino que había seguido el coche. La calle está mojada y circulaban pocos vehículos por esa zona a estas horas. Vimos los neumáticos marcados. Los seguimos, hasta vislumbrar el callejón y oír el ruido de lucha. Eso bastó. Simple, ¿no?

—Elemental, como diría Holmes en otros tiempos —rió Lena, de buen humor. Luego su gesto cobró un aire más grave y preocupado, y sus pupilas oscuras fulguraron en el rostro color bronce oscuro—. ¡Oh, Frank! Menos mal que has vuelto. Creo que todo será más fácil contigo, aquí...

—¿Tú crees? —sonrió él, mirándola de soslayo—. No soy Superman, Lena.

—No seas tonto —logró arrancarle también una sonrisa, pese a su aire reflexivo y tenso—. Me basta con que seas tú. Me siento tan preocupada...

—¿Por esa mujer? —indagó Frank.

—Sí —asintió ella, pegando instintivamente sus tersos muslos a las piernas de Cole, como si buscara protección acurrucándose contra él—. Esa pobre mujer.,. Está desesperada, rota... En cierto modo, se ha merecido un duro escarmiento, pero no tanto. Es una situación terrible, Frank. Veo que escuchaste todo lo que dejé grabado en el contestador automático.

—Así es. Hablabas allí de ella. Y de lo que está ocurriendo. De un complot alucinante, de un horror desatado que puede conducir a la

muerte a muchas personas... ¿Era cierto?

—Absolutamente cierto, sí —afirmó ella, rotunda—. Desgraciadamente, es mucho peor de lo que puedes imaginar, Frank. Un asunto demencial, estremecedor.

—Ya nos hemos enfrentado a algunos semejantes —comentó Cole, con optimismo—. No creo que éste resulte mucho peor. ¿Vas a contarme lo que sucede exactamente?

—Sí. Cuando estemos en casa, Frank. Creo que necesito ordenar mis ideas, poner todo con un cierto sentido, y tratar de relatártelo no como yo lo he vivido, sino como me han contado que sucedieron las cosas, como se imaginaron que ocurrieron otras, y como deduzco yo que puedan suceder, aparte mi propia experiencia directa en el caso. Es decir, relatártelo como si fuese sana novela o un reportaje, sin ser yo la primera persona, porque lo cierto es que tardó bastante en aparecer en escena. Y, sin embargo, la clave de todo está "antes" de mezclarme yo en esto.

—Has logrado intrigarme, Lena. ¿Has hablado de todo esto a la policía?

— ¡Claro! —soltó la mulata una suave carcajada de sarcasmo—. No sirve de nada, Frank. Ni siquiera el teniente Dobkin, pese a su amistad con nosotros, pudo ayudarme en nada. El tiene una misión que cumplir, un fiscal del distrito que le apremia, unos políticos que necesitan éxitos policiales urgentes para salvar una imagen algo deteriorada últimamente en esta ciudad, y todo eso juega contra esa pobre muchacha de que te hablé,

—Empiezo a entender. La política y los intereses de la Fiscalía, tienen peso específico en todo esto.

—Como ocurre casi siempre —musitó ella, moviendo la cabeza con pesimismo—. Intereses creados, Frank. Lograrán entre todos hundirla de modo definitivo. Y eso no es lo peor. Está lo otro...

—¿Lo “otro”?

—Sí. El asunto que está en juego. Es monstruoso. Algo delirante,

Frank. ¿Tú concibes que la muerte pueda ocultarse... bajo la apariencia de unas hermosas flores?

—¿Por qué no? —Cole meneó la cabeza—. Las adormideras producen opio. Es una droga letal, muchas veces. . Y ¡a marihuana brota de otra planta. Y también el LSD. Y hasta los venenos..! ¿Por qué no ha de ser una flor, el hermoso rostro de la muerte?

—Conforme. Una flor cualquiera, es posible. Pero una rosa...

—¿Una rosa? —Cole enarcó las cejas—. ¿Qué clase de rosa?

—La más bella e increíble que jamás hayas podido ver. Una rosa... "negra".

—¡Una rosa negra! Imposible. No existen, Lena..., a menos que sean artificiales.

—No. Esta rosa negra "no" es artificial —rechazó ella, seca—. Son rosas "auténticas", Frank. Rosas negras. Rosas de muerte...

—Eso, en apariencia, no tiene sentido, Lena.

—Lo sé —suspiró la luchadora de color—. Lo sé..., pero es así. Por eso te dije que es una historia fantástica. Lo comprobarás cuando la cuente...

Menos de media hora más tarde, en la. confortable seguridad de una estancia de la casa que Los Tres Dragones de Oro tenían en Nob Hill, reconstruida recientemente, por haber sido destruida la anterior por un temible enemigo de los *budokas*[2], los tres se hallaban reunidos ante unos zumos de fruta, y era obvio que todo el interés de Frank y de Kwan se centrara en Lena Tiger y en su esperado relato de la historia que estaba protagonizando en ausencia de ellos, y que la había conducido a una emboscada que pudo ser mortal, de no mediar los dos camaradas, providencialmente llegados a San Francisco, tras una ausencia de varios días.

Ahora ya sabían, a través de una llamada del teniente Dobkin, que de los cinco rufianes que atacaran a Lena en el callejón sin salida, solamente tres estaban con vida, habiendo muerto dos de ellos bajo los impactos de los *budokas*. Y esos tres, nada sabían. Eran simples matones a sueldo, rufianes de la peor calaña, contratados a través de un misterioso e inconcreto míster Smith, cuya pista era tan difícil de seguir como si el tipo hubiera sido de humo.

—Era de prever —suspiró Lena, antes de comenzar su relato—. Ellos no podían saber nada. Alguien, un cerebro frío y astuto, completamente despiadado, maneja todo desde la sombra y no da fácilmente la cara ni siquiera para contratar a sus profesionales del crimen.

—Bien. Ahora esperamos tu relato —dijo, apaciblemente, Kwan Shang—. Tal vez entonces tengamos una idea más clara de los hechos, Lena. De momento, te confieso que me siento terriblemente confuso y desorientado. ¿Es cierto que unas flores negras son la clave de todo?

—Sí, Kwan. Unas flores. Unas rosas negras… Las más bellas y diabólicas flores del mundo…

Cole y Kwan no dijeron nada. Miraron fijamente a Lena. Y ella comenzó a hablar, inmediatamente después:

—Veréis. Cuando esta historia comenzó, yo no podía siquiera soñar con verme mezclada en ella. Todo empezó cuando un hombre excepcionalmente dotado para la floricultura, halló el secreto que le proporcionaría la más bella flor imaginable: la rosa negra… Ese hombre se llamaba Morgan Temple.

—¿Cómo consiguió ese prodigio? —se interesó vivamente Kwan Shang.

—Ese es el gran secreto de esta historia. Quizá un secreto que vale demasiado. Incluso vidas humanas, Kwan. Porque todo comenzó, precisamente, con esa rosa..

Primera parte
LA HISTORIA DE LENA TIGER

Capítulo primero
LA ROSA NEGRA

—Lo he conseguido... ¡Lo he conseguido, al fin!

El grito de júbilo resonó bajo las vidrieras del invernadero, sobresaltando a la joven que, con guardapolvo azul, se ocupaba en la tarea de alimentar unos bulbos situados en un ala del recinto.

—Papá... —se volvió, sorprendida—. ¿Qué es lo que has conseguido?

—El sueño de toda mi vida, Annabel... —susurró el hombre nervioso, pálido y de canosos cabellos, que trabajaba sobre una serie de macetas y cultivos en el lado opuesto, de la estructura de vidrio, bajo una fuerte luz vertical—. El imposible de cualquier floricultor... Míralo. Ven aquí... Al fin lo he logrado...

La joven, intrigada, dejó sus bulbos para encaminarse por entre el denso bosque de plantas y flores que llenaba el invernadero, al lugar donde se hallaba su padre presa de tan gran excitación.

Sostenía él, entre sus manos temblorosas, un tejido que había alzado de encima de unos determinados cultivos, y parecía contemplar, como fascinado, algo que yacía bajo aquella tela. Algo que absorbía totalmente su atención y le mantenía como hipnotizado, presa de una emoción indescriptible.

—Papá, ¿qué es ello? ¿Tanta importancia tiene?

—Más de la que imaginas, hija. Y no ha sido por simple accidente o por casualidad. Ni mucho menos. Es la obra de una serie de cálculos, de suposiciones, de pruebas y de esfuerzos. Pero admito que ha sido como un milagro. He tenido suerte. Mucha suerte. Mira, Annabel, hija. Esto es lo que va a cambiar nuestras vidas. Lo que va a hacernos millonarios, lo que revolucionará al inundo de las flores... ¡Míralo, querida!

Annabel había inclinado el rostro, viendo lo que le mostraba su padre. Lanzó una exclamación de inmenso estupor. Sus ojos maravillados, incrédulos, se clavaron en aquel prodigio floral que emergía de una maceta, bajo la luz, como una obra maestra de la Naturaleza, aliada al ingenio del hombre.

—Una... una rosa negra .. "Negra"... —susurró, incrédula—. No es posible. Nunca hubo una igual...

—Claro que no —suspiró su padre, con ojos brillantes de excitación—. Y no es un artificio, Annabel. Ni un caso único. Podremos crear cientos, miles de rosas negras. Yo sólo tengo el secreto, ¿te das cuenta? Se pagarán al precio que se quiera. Se enviarán al mundo entero. La Rosa Temple, ¿lo ves? "Nuestra" rosa, Annabel.

—¿Cómo... cómo conseguiste... este prodigio? —susurró ella.

—Sería tan difícil de explicar... Llevo años tras ello. Sólo que nunca quise decirte nada. Era un sueño, un imposible. No quería que te burlases de mí, que me pidieras que renunciase a dar con el secreto... Y por fin, ha resultado.

—¿Puedo... puedo...?

—¿Tocarla? —sonrió el floricultor, radiante—. Claro, hija. Quiero que tus manos sean las primeras que toquen esa flor. Acaríciala. Es como terciopelo puro. Pero es, realmente, uña rosa natural. De un color increíble.

Era cierto. Increíble era la palabra adecuada. Annabel Temple

tocó la rosa. Se estremeció. Sus dedos rozaron aquella suave, aterciopelada superficie. Los pétalos negros, como el azabache, sedosos, aromáticos... Olfateó la rosa. Olía, realmente, a las más fragantes rosas que conociera. Era un ejemplar único y fabuloso. La primera flor negra del mundo. La primera rosa de aquel color fascinante.

—Papá... —musitó—. Es fantástico... Tan bella, tan distinta, tan original... ¿Qué piensas hacer!?

—Patentar el hallazgo. Darle mi nombre. Luego, empezar su cultivo. Producir rosas negras. Ya sabes que yo no soy un viejo maníaco que goce con disfrutar él solo su creación. Todo el mundo debe conocer las rosas negras de Morgan Temple. El modo de comercializarlas, no importa demasiado. Serán caras, no puede ser de otro modo. La demanda será enorme, y no podemos producir miles de ellas. Ni estoy dispuesto a que nadie, excepto nosotros, las cultive. Eso sí me pertenece. Es mi secreto, y nadie debe compartirlo. Tienes que recibir esta herencia, Annabel. La de las rosas negras y su cultivo. Serás la mujer más rica entre las floricultoras del mundo.

—¿Crees que será tan fácil? Habrá muchos interesados en copiar tu obra, en obtener ese secreto, padre. Tus competidores serán legión, Y hay grandes empresas mundiales de floricultura, para las que este secreto seria como la piedra filosofal. Vale millones, y ellos lo sabrían.

—Nadie tiene por qué saberlo, lañemos aquí mismo el más fuerte y peor de los competidores, Annabel, Me refiero a Ward Baxter. Pero él no tiene por qué conocer el hecho. Solamente tú y yo lo sabemos. Debe bastar, por ahora. Llevará tiempo iniciar los cultivos, obtener las nuevas semillas, ampliar el cultivo de rosas. Esta ha sido solamente una prueba, un experimento. Definitivo, eso sí. Pero es el principio, nada más. Ahora debemos habilitar otro invernadero, exclusivamente para las rosas negras. Y prepararlo todo para repetir el experimento de modo masivo. Cuando tengamos todas las rosas del mismo color, significará que hemos vencido en toda la línea, que el

cultivo de mi rosa es posible en grandes cantidades y, por lo tanto, su comercialización en gran escala es una completa realidad.

—Muy bien, padre. ¿Cuándo iniciamos la tarea?

—Mañana mismo, y con el mayor sigilo. Nadie debe saber lo que tenemos entre manos.

—Lo sé. Pero quizá no sea fácil engañar a la gente de Baxter. Sabes que tiene sus cultivos cerca de aquí, que su gente siempre se ha interesado por tus experimentos, por los cruces de flores que has obtenido… Si sospechase esto, sería fatal. Haría lo que fuese por robarte el secreto.

—No permitiremos que ello suceda. Haremos correr la voz de que el invernadero antiguo no está en condiciones, y hay que levantar uno nuevo. Eso les convencerá, seguro. Mañana iré al pueblo a por materiales, para edificarlo. Ahora, debo guardar las semillas experimentales —mostró unas bolsitas de plástico situadas junto a la maceta de la prodigiosa rosa negra—. Solamente dispongo de esta dosis para iniciar la tarea de cultivo masivo. Es como disponer de la mayor riqueza…

Se encaminaron a la casa, tras cerrar cuidadosamente el invernadero. Poco después, las semillas eran guardadas en una caja fuerte, a la espera del siguiente día. Pero esa noche, ni Annabel ni su padre conciliaron bien el sueño. Era demasiado grande su excitación para que ello fuera posible.

* * *

—¿Otro invernadero? Eso no tiene sentido.

—Pues lo están levantando junto al viejo, señor Baxter.

—El viejo Temple lleva años usando el mismo invernadero —dijo abruptamente Ward Baxter, clavando sus ojos en Henry Mulder, su administrador general—. Ha logrado en él excelentes cultivos. Dudo mucho que se deshaga de él. *

—Lo cierto es que por la cantidad de material adquirido y por las obras que están realizando, el nuevo invernadero debe ser, al menos, la quinta parte del primitivo. Demasiado pequeño para que le sirva de un modo definitivo.

—Dos invernaderos no los haría nunca un hombre como Morgan Temple. ¿Por qué diablos va a ocurrírsele ahora instalar uno más, cuando le sobra con el que ya tenía?

—Eso no lo sé —Mulder sacudió la cabeza, pensativo—. Yo diría que se trae algo entre manos.

—¿Algo? ¿Qué, exactamente? —arrugó el ceño Ward Baxter.

—Si tuviera una leve idea de ello… Temple siempre ha sido muy reservado en sus cosas, pero un día le visitó un proveedor de San Francisco, Harold Parrish, y me comentó que había observado una zona reservada en el invernadero, donde Temple parecía estar realizando experiencias de cruces especiales. Pero no le fue posible ver nada. Temple procuró alejarle de allí con un pretexto, y ya no pudo ni siquiera aproximarse.

—¡Vaya, de modo que puede haber algo importante en ese invernadero…! Temple ha sido siempre un auténtico genio en el cultivo de plantas. El logró derrotarme en el mercado europeo, gracias a aquella nueva especie de dalias que logró obtener antes de la revisión de contrato por parte de la European Flowers Inc. Y aun con todo nuestro poderío económico y nuestros campos de cultivo, no nos ha sido posible superar, ni tan siquiera igualar, la actual calidad de gladiolos, gardenias y orquídeas que él obtiene.

—Hemos hablado de eso muchas veces, señor Baxter —le recordó Mulder—, Ya intentamos contratar a Temple como jefe de cultivos, y él lo rechazó.

—El maldito viejo chiflado… —rezongó Baxter, malhumorado—. Quiere seguir siendo independiente, trabajar por su cuenta, no deberse a nadie. Es su manía, su obsesión. Vive para las flores, para crear nuevos ejemplares, cruces inéditos… No le importa el dinero, salvo por

el bienestar futuro de su hija Annabel. Con hombres así no se puede razonar, amigo mío.

—Por tanto, si ha conseguido algo, será él quien lo explote. Y en exclusiva.

—Eso, suponiendo que vuelva a dejarme ganar el terreno por él —silabeó, con gesto malhumorado, Baxter—. Esta vez, tengo otras ideas al respecto, Mulder.

—¿Qué clase de ideas?

—Vigilaremos a Temple muy de cerca.

¿Eso puede ser peligroso. Si lo descubre y nos acusa de espionaje industrial, podría meternos en problemas…

—No tiene por qué descubrirlo. Lo haremos todo astutamente. ¿Quiénes se ocupan de levantar el nuevo invernadero?

—Gente de San Francisco, creo. No costará mucho averiguar qué empresa se encarga de la construcción.

—¿Eso puede servirnos de algo, señor Baxter?

—Sí. Puede servirnos de mucho —asintió el floricultor, con gesto grave—. Ocúpese de todo ello. Luego le daré instrucciones adecuadas.

—¿Y si todo es una falsa alarma y no hay nada nuevo?

—No habríamos perdido nada. Pero si hay realmente “algo” que valga la pena, Mulder…, ¡lo conseguiremos nosotros también, quiera Temple o no!

Y el rostro anguloso y enérgico del poderoso industrial de las flores californianas, reveló una decisión y agresividad realmente temibles.

Mulder conocía bien ese gesto. Estaba seguro de que su jefe conseguiría lo que se proponía, cayera quien cayera. Después de todo, Ward Baxter era un hombre poderoso, su empresa tenía fuerza y dinero, y él carecía personalmente de escrúpulos.

Todo eso, frente a la escasa fuerza de un hombre solitario y sin medios como era Morgan Temple, sólo podía dar un vencedor…

* * *

Temple observó el capullo que se abría en la nueva maceta plantada. Otra rosa negra emergía pujante. Era el segundo ejemplar. Ya no había duda alguna. Era un éxito total. Absoluto.

—Maravilloso... —jadeó el floricultor—. Ya no hay duda. No ha sido un caso aislado. Las semillas dan resultado. Son válidas... ¡Puedo producir flores negras, rosas maravillosas, incomparables!

Excitado, feliz, se apartó de la zona donde los plásticos cubrían los ejemplares excepcionales que estaba consiguiendo. Contempló los sobrecitos de materia plástica donde guardaba las semillas obtenidas. De momento, eran las únicas muestras existentes, el único medio de conseguir nuevas flores maravillosamente negras, aterciopeladas, originales.

Abstraído en su tarea, no pudo advertir el rostro que se adhería borrosamente a los cristales, empañados ahora por la copiosa lluvia que caía esa noche en la zona. No pudo imaginar siquiera que uno dé los trabajadores de la constructora de San Francisco que se ocupaba de levantar el nuevo invernadero vecino, el que estaría destinado a ¡as rosas negras, se había quedado dentro de la zona vallada de su propiedad esperando el momento adecuado para espiar el interior del viejo invernadero.

Annabel había ido esa noche a la Ciudad para hacer algunas compras y cenar con una amiga. Posiblemente demoraría su regreso para ver alguna película. Después de todo, era una muchacha joven. No quería encerrarla obsesivamente entre flores y cultivos, sino que la comprendía y deseaba que disfrutase, también, de la vida.

A fin de cuentas, Annabel era toda su vida. Deseaba su felicidad. Por eso él era ahora tan dichoso. Dejarla dueña única de la producción de rosas negras, sería el mejor legado imaginable. Ya nunca más tendría que desear nada que no pudiera obtener. Sería rica, muy rica.

Sonrió, guardando las semillas en una maceta, y cubriéndolas de tierra. Nadie buscaría en un sitio así algo de tanto valor, aun en el problemático supuesto de que la existencia de rosas negras llegase a ser voz popular.

Tenía previsto viajar a Sacramento, días más tarde. Una vez en la capital del Estado de California, registraría en el archivo de patentes su colosal hallazgo. Y ya no tendría nada que temer.

El rostro bailoteó allá fuera, entre la lluvia. Se alejó de los vidrios del invernadero, sobre los que corrían regueros de agua. El tamborileo violento del aguacero en la techumbre de vidrio y uralita, era el único sonido perceptible, dentro y fuera del recinto destinado a los cultivos.

Se desplazó la figura furtivamente, sobre un suelo blando, donde chapoteaban sus chanclos de goma, sordamente. Cuando Morgan Temple salió del invernadero, cruzando bajo la lluvia en dirección a su cercana vivienda, el espía entró de nuevo en acción.

Llegó a la puerta del invernadero y trató de abrirla, sin conseguirlo. Dudó, porque sabía que podía entrar rompiendo vidrios, pero también sabía que ese sistema revelaría claramente la presencia de un intruso, aparte estropear los cultivos de Temple. Y las órdenes recibidas, cuando suplió a un obrero de la empresa constructora, habían sido concretas, por parte del hombre que le condujera allí:

—Nada de dejar huellas. Ningún destrozo. Sólo investigar, ver lo que hace Temple. Y nada más.

Así lo haría. Rebuscó en sus bolsillos. Las manos mojadas hallaron un juego moderno de llaves maestras especiales. Probó dos de ellas, inútilmente. Luego, al tercer intento, logró que chascara la cerradura. El acceso al invernadero estaba conseguido.

Sin dar las luces, utilizó una pequeña lámpara eléctrica, cuyo delgado hilo de luz barrió el recinto encristalado, deteniéndose sobre macetas, tiestos y jardineras alineadas por doquier.

Avanzó cauteloso, procurando no golpear ni derribar planta

alguna, era decididamente un experto en asuntos de floricultura, eso era evidente. Llegó hasta el fondo del invernadero. Examinó los plásticos. Muchos de ellos eran transparentes. Había otros translúcidos, e incluso uno opaco, color verde oscuro. Se acercó a éste. Lo levantó lentamente.

El hilo de luz hirió la aterciopelada superficie negra de una rosa fantástica. El visitante nocturno lanzó una sorda imprecación.

—¡Maldita sea!! —jadeó—. ¡No es posible…!

Unos ojos dilatados, atónitos, se clavaban en aquella bellísima pieza de la flora, en un ejemplar único y fabuloso. Le tembló la mano, aproximándola a la rosa increíble que tenía ante sí.

—Lo ha logrado.. Ese hombre ha creado una obra maestra de la Naturaleza… ¡Cielos, cuando sepa esto el señor Baxter…! No puede ni soñarlo.

Se apartó cuidadosamente de la flor negra. Extrajo de su bolsillo otro adminículo propio del espionaje industrial: una diminuta cámara fotográfica, capaz de fotografiar en las circunstancias más adversas de. iluminación. Proyectó el haz de luz sobre la flor, y disparó la cámara repetidas veces. Luego recogió todo, y silenciosamente se dirigió al exterior.

De nuevo la oscura y lluviosa noche engulló la furtiva figura. En el invernadero, nada parecía haber sucedido.

Poco después, desde una cabina pública de la carretera, el espía telefoneó a un determinado número. Momentos después, sonaba la voz de Ward Baxter al otro extremo del hilo:

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Soy su hombre en el Centro Floricultor de Morgan Temple, señor Baxter.

—Ah, sí. ¿Algo importante?

—Mucho más de lo que imagina, señor. Le llevo fotografías. Es un verdadero impacto, se lo aseguro. Algo que vale millones.

—Cielos, me lo temía. ¿Un cultivo especial?

—Y tan especial —rió suavemente el espía—. Pasaré a verle por la mañana, con las fotografías ya reveladas. Será mejor que no sepa de qué se trata hasta entonces. Seguro que no podría dormir. Yo mismo que lo he visto, no atino aún a creerlo.

—Le espero en mi despacho a las diez en punto. No se demore.

—No lo haré, señor Baxter. Me gusta ser puntual. Buenas noches.

Colgó. Poco después, el automóvil del intruso, que le aguardaba junto a la cabina, emprendía la marcha hacia San Francisco, bajo una lluvia torrencial.

Capítulo II
VIOLENCIA

—Tenemos que hacerlo. Mañana por la noche.

—Shelby, tengo miedo...

—¿Miedo? —rió él—. ¿Por qué? Ten en cuenta que es nuestra liberación total. No tendremos: que soportar por más tiempo a ese hombre ni a nadie más. Hay allí suficiente dinero para que ambos podamos vivir felices sin necesidad de trabajar.

—¿Tanto dinero imaginas que hay? —dudó ella.

—¿Imaginarlo? Más que eso: lo sé, Glenda. Sé que hay mucho dinero, precisamente mañana. El señor Baxter recibe efectivo para las nóminas de su empresa. Además, tiene que hacer los pagos de fin de mes. Creo que habrá más de medio millón en la caja fuerte.

—¡ Medio millón! —exclamó ella, asombrada.

—Eso, como mínimo. Y en billetes pequeños, usados, sin numerar. Ocurre siempre. Lo he visto otras veces. De modo que medio millón de dólares pueden ser nuestra liberación absoluta. Es más de lo que podemos gastar. Metido en un Banco, nos dará unos elevados intereses. O pondremos un negocio.

—Pero todo eso, suponiendo que quedemos en la impunidad.

—Claro que quedará todo impune. Nadie sabrá quiénes robaron el dinero. Nadie sabe que me he hecho con duplicados de las llaves electrónicas ni con tarjetas codificadas para pasar los sistemas de seguridad. A la hora que vayamos, no hay nadie allí. Nos quedaremos con el dinero y saldremos sin ser vistos. Tengo un procedimiento para desconectar los ojos electrónicos de control que fotografían a cualquier intruso. Una vez tengamos el dinero, lo ocultaremos.

Seguiremos yendo cada día al trabajo, normalmente, hasta que se olvide el robo. Después… nos despediremos aisladamente, y disfrutaremos nuestra fortuna al otro extremo del país. Lo tengo todo previsto. No puede fallar, querida.

—Aún así, tengo miedo. Siempre me gustó la idea de ser rica, pero no a cambio de mi conciencia, de mi tranquilidad…

—Al diablo con todo eso —rió Shelby Stuart—. Mi plan es excelente. No puede fallar. La conciencia es un estorbo. La tranquilidad, la da el dinero. Y el saberse impune.

—El señor Baxter removerá cielo y tierra para averiguar quién robó el dinero, estoy segura.

—¡Claro que sí! Pero eso no servirá de nada. No nos encontrará jamás. Ni a nosotros ni a su dinero. Además, para él no significa mucho, medio millón. Tiene diez veces más. Olvidará pronto lo sucedido, cuando vea que no se resuelve. Incluso es posible que su empresa aseguradora cubra las pérdidas. Pero no debemos preocuparnos ya más de eso. Todo irá perfectamente, estoy seguro.

—Shelby… —la rubia y suave belleza de Glenda Farrell, envasadora de flores de la empresa, se mostraba, ahora, como marchita por el miedo, la angustia y los escrúpulos—. Shelby, yo… preferiría que no fuéramos ricos jamás… y estuviéramos juntos los dos, unidos sin miedo ni preocupaciones, sin nada que reprocharnos, sin temor a nada ni a nadie.

—Glenda, no seas tonta. Nunca podemos conseguir algo así sin dinero. Esa gente poderosa lo tiene todo. Nosotros, nada. Si queremos alcanzar lo que nos dé la felicidad, ha de ser a costa de ellos. No debes reprocharte nada. No hay motivo. Baxter es un granuja. Un rufián de altos vuelos. Se merecerá lo que va a ocurrirle. Te aseguro que nunca ganó el dinero honestamente. Esa clase de gente nunca lo hace así.

—¿Ello es motivo para intentar robarles? Ganar dinero fue su mérito.

—Y ganarlo nosotros, el nuestro —rió cínicamente él—. Vamos,

vamos, olvida todo eso. Está decidido. Mañana por la noche se hará. Después de la una, y antes de la una y veinte. Son los veinte minutos exactos que tarda el vigilante en volver a esa zona, tras su ronda habitual. Lo tengo todo cronometrado.

—Shelby, yo…

—Tú… ¿qué? —los helados ojos azules de él se clavaron en la muchacha, glacialmente—. Habla, Glenda.

—No, nada —ella respiró hondo. Desvió la mirada—. Nada, Shelby… Se hará como tú dices…

* * *

—¿Qué te ocurre, papá?

—No… no sé… —Morgan Temple se pasó una mano temblorosa por la frente brillante de sudor—. Es fiebre, imagino. Estas últimas fechas… He trabajado en exceso. Pero valió la pena, hija.

—No a costa de tu salud. Papá, por favor… —Annabel se inclinó, preocupada, hacia el veterano floricultor—. No estás bien. Deberías descansar. Ahora ya puedes hacerlo. Obtuviste lo que buscabas. Tu vida ha tenido una razón, tus esfuerzos fueron recompensados. Es hora de reposar, de serenarse…

—Más adelante, Annabel, más adelante .—él la miró con suave sonrisa—. Ten en cuenta que no todo termina con esa rosa negra. Es el producto de un estudio, de unos cruces y de unos injertos, sí. Pero por sí sola, no vale nada. En pocos días se agotará, se deshojará, tú lo sabes. Y todo habría terminado, si no fuese capaz de reproducir otras. Una, dos, diez, cien, miles de ellas.

—Pero puedes hacerlo. Lo has demostrado. Hay ya varios capullos floreciendo…

—Ni siquiera eso es suficiente, hija. Debo estar seguro. Estoy probando, ahora, con las semillas obtenidas. Si resulta, darán nuevas rosas negras… —resopló, con los ojos enrojecidos, y se pasó otra vez la

mano por el rostro, nerviosamente. Parecía tener fiebre. Al menos, notó que su epidermis ardía—. En suma, las semillas son las que me preocupan. He obtenido tres sobres. Mejor dicho, cuatro. Uno de ellos está, ahora, en proceso de germinación. Los otros tres están ahí guardados. Si resulta, habré triunfado definitivamente. Esa rosa negra no será un fenómeno aislado, sino una obra completa, un resultado definitivo. Pero todavía es pronto para cantar victoria. He de seguir trabajando.

Su cabeza se inclinó sobre los cultivos. Parecía a punto de desvanecerse. Pese a ello, sus dedos acariciaban amorosamente unos nuevos tallos de un pequeño rosal plantado en una maceta especial. Los trataba con amor paternal, como si también aquellos pequeños ejemplares florales fuesen hijos suyos. Tan hijos como la propia Annabel, que le miraba llena de preocupación.

—Papá, ya es tarde, hoy —ella miró su reloj de pulsera, inquieta. Enjugó el sudor del rostro de su padre con un pañuelo, sin dejar de mirarle, profundamente preocupada—. Son las diez de la noche. ¿Por qué no nos vamos ya? Debes dormir... Llevas aquí todo el día...

—Sí, tal vez tengas razón... —inesperadamente, su padre se detuvo. Miró a Annabel, en especial al pañuelo que le secaba la transpiración, y aferró la muñeca de la joven, indagando, alarmado—, ¡Eh, querida! ¿Qué te pasa en esa mano?

Annabel se miró la palma de su diestra a la que dirigía sus ojos intrigados Morgan Temple. Trató de quitar importancia a las llagas rojizas que le salpicaban, y que tanto dolor le habían producido durante las últimas horas.

—No sé —se encogió de hombros—. Lo advertí antes, papá. A veces me da calambres, una especie de sacudidas heladas, pero eso es todo. Tal vez se trate de una alergia, no sé... No tiene importancia.

—Mira: tienes una especie de motas cárdenas sobre esas llagas. ¿De verdad no notas dolor o molestias,?

—No. Un poco de fiebre, eso es todo. La mano está caliente —sonrió—. Pero sucede también cuando una se pincha con ciertas plantas. Tal vez eso me ocurrió en tus cultivos. No es nada, papá, olvídalo.

—Está bien, vamos ya... —resopló Temple, apartándose de sus negras rosas, que volvió a cubrir con un plástico verde opaco, y frotándose las sienes con aire de fatiga—, Vamos, Annabel. Creo que tienes razón. Estoy muy cansado... y me duele la cabeza. Además, creo que la fiebre aumenta. Es mejor descansar. Mañana trabajaremos mejor. En marcha, hija.

Salieron del invernadero. Morgan Temple vacilaba sobre sus piernas, enjutas pero siempre firmes. Su hija le ayudaba a caminar, sirviéndole de apoyo. Era obvio que el gesto de ella era de viva preocupación por el estado de su padre.

—Sin embargo, debería, aún, hacer una prueba con las semillas —musitó, inseguro—. Sería mejor haber esperado. . sólo media hora más.

—No, papá —rechazó Annabel, secamente—. Ni mucho menos. Mañana harás lo que sea. Ahora, debes dormir. Está decidido.

No objetó nada. A veces, la dulce muchacha sabía ser particularmente dura. Incluso con él. Y sabía que era además, por su propio bien. Por tanto, sin objetar ya lo más mínimo, se limitó a seguirla, entrando poco después en la casa los dos. La puerta se cerró tras ellos. Sólo un cuarto de hora más tarde, las luces se apagaban. Los Temple estaban en sus respectivos dormitorios, dispuestos a descansar.

Fuera, bajo el cielo encapotado, que fuese torrencialmente lluvioso la noche antes, ahora había oscuridad, un aire húmedo y frío, procedente del mar, y la amenaza de una posible repetición del aguacero de la fecha anterior.

Pero eso no era todo, aunque los Temple hubieran podido pensarlo así. Porque una vez más, en los terrenos acotados del Centro de Floricultura Temple, había intrusos interesados en los secretos

profesionales del genial floricultor.

Y esta vez, no se trataba de uno solo. Eran tres los intrusos que merodeaban en torno al viejo invernadero.

Uno de ellos, ordenó abruptamente:

—Abrid esa puerta. No destrocéis nada. Debemos entrar ahí. Pero llevarnos la rosa negra no conducirá a nada en absoluto. No sabríamos reproducirla. Necesitamos el secreto, la fórmula, las semillas, lo que sea... No os detengáis ante nada con tal de obtenerlas.

—¿Ante nada, señor? —preguntó, otra voz, en la sombra.

—Exacto. Eso dije. Ante nada.

—¿Ni siquiera ante... una vida humanal?

—Ni siquiera ante eso. Una vida humana, o más vidas. Lo que sea. Una rosa negra, en exclusiva, vale más que todas las vidas que puedan sacrificarse hoy aquí, tenedlo en cuenta. Si regresamos a mi casa con ese secreto, ello significará veinte mil dólares para cada uno de vosotros. Pensadlo bien.

Hubo una corta pausa. En la oscuridad, una voz murmuró roncamente tras ella:

—Está pensado, señor. Haremos lo que sea. Lo que sea, ¿entendido?

—¡Claro! —rió sordamente la voz del jefe del grupo—. Yo lo entiendo todo. Especialmente, cuando está dicho con claridad. Adelante, amigos...

Poco después, entraban los tres merodeadores en el invernadero, empezando a moverse en él a la luz de una pequeña lámpara eléctrica. Una serie de exclamaciones de asombro y de estupor acogieron el encuentro de la luz con la rosa negra de Morgan Temple.

—Increíble... Prodigiosa... No parece posible... Y es absolutamente natural...

Luego se inició la búsqueda de las semillas. Pero jamás hubieran sido halladas, de no mediar un hecho imprevisible para los merodeadores.

De súbito, en el exterior, sonaron unos sordos pasos sobre el suelo blando y fangoso. Alguien se acercaba al invernadero.

—¡Apagad la luz, pronto! —ordenó una voz brusca—. ¡Parapetaos tras esas hileras de macetas, no perdáis tiempo!

En un santiamén, hombres y luces se habían extinguido, y las densas sombras del invernadero envolvieron a los intrusos, acurrucados tras las líneas de plantas cultivadas por Temple.

Momentos más tarde, la puerta vidriera, polvorienta y chirriante, se abría de nuevo. Y un hombre entraba en el recinto, aproximándose a la zona del invernadero donde se hallaban precisamente ocultos los visitantes de la noche.

Esta vez, lo que brilló repentinamente, fue una luz cruda, vertical, proyectada sobre las macetas. Una mano temblorosa alzó un plástico verde opaco, Unos ojos febriles, fascinados, estudiaron una rosa negra, aterciopelada y fantástica, como el avaro que cuenta sus monedas de oro o el amante que adora a la mujer soñada. Luego, lentamente, se apartó. Balbuceó entre dientes:

—Eso está hecho ya. Lo que cuenta es comprobar si las semillas de Black Rose resultan.

Llegó ante una hilera de macetas. Removió la tierra de una de ellas, extrayendo hasta tres sobres de plástico rotulados adecuadamente. Los examinó. Abrió uno de ellos y se acercó a una jardinera, aún sin cultivar. Empezó a disponer las semillas allí contenidas, tras echar una ojeada a otra maceta vecina, donde florecían ya capullos de rosas negras. Su voz susurró esperanzada:

—Todo va bien. Si la tercera prueba resulta… estará logrado. ¡La Rosa Negra será una realidad para el mundo! La Rosa Temple habrá roto con todos los pronósticos. .

Rió entre dientes. Vacilaba, como si estuviera realmente enfermo, y su piel enrojecida traspiraba fuertemente, aunque él sentía frío y temblaba de vez en cuando, sacudido por leves espasmos febriles. Pero su felicidad, su dicha como floricultor, superaba a todo

lo que pudiera sentir en esos momentos. Era realmente feliz, Y feliz se encaminó a la salida.

Entonces, súbitamente… descubrió el rostro humano, agazapado tras unas macetas. La luz del invernadero reveló el destello de unos ojos fríos y malignos.

Inmediatamente, Morgan Temple se soliviantó, estallando con voz aguda:

—¿Qué mil diablos significa…? ¡Espías! ¡Traidores! ¡Hay gente aquí! ¡Favor, socorro!

Y trató de correr, de alcanzar la salida, de gritar con más fuerza aún en el exterior. Morgan Temple, había pensado, al hacerlo, que todas sus fuerzas se mantenían intactas. Pero no era así. Algo con lo que no contaba, había minado Su fortaleza habitual. Quizá por ello, no fue capaz de eludir el peligro y avisar a los demás de lo que sucedía en el invernadero.

Lo cierto es que, súbitamente, emergieron de detrás de las macetas dos hombres atléticos, fornidos, de rostro áspero y nada amistoso, que se precipitaron hacia él mientras una voz conocida gritaba desde otro punto en sombras, perdido entre las plantas del recinto:

—¡Impedid que dé la alarma! ¡Haced algo! Ese imbécil puede enviarnos a todos a la cárcel si acude a la policía…!

Los dos individuos, espoleados por esa posibilidad que su jefe les sugería, parecieron volar en pos del floricultor, y le dieron alcance justamente en el umbral del cobertizo de vidrio. Inmediatamente de llegar hasta él y cerrarle el paso, Temple observó que eran hombres capaces de todo, físicamente muy fuertes, y de expresión torva y sombría que nada bueno presagiada.

—¡Apartaos! —aulló, exasperado—. ¡Nadie me robará mi obra! ¡Nadie, malditos seáis todos, ladrones!

Y llevó la mano a sus ropas. Siempre, por temor a merodeadores y asaltantes, habituales en despoblado, Temple llevaba consigo un

arma. Esta vez, pese a haberse levantado inesperadamente, tras obligarle su hija a acostarse, por su obsesión de hacer la prueba definitiva con las semillas Blak Rose, que podían revolucionar la floricultura mundial, no era una excepción. Llevaba su revólver en el bolsillo del chaquetón de piel. Y era un "Colt" calibre 32 que podía hacer mucho daño a cualquier adversario, por fuerte que fuese físicamente.

Al menos, eso es ¡o que pensaba él cuando, lleno de energía, pese a su estado febril, extrajo el arma y encañono a sus agresores resueltamente, dispuesto a apretar el, gatillo si le obligaban a ello.

Morgan Temple no contó con la posibilidad de que aquellos intrusos fuesen algo más que simples hombres fuertes. No contó con que dominaban una forma de lucha contra la que ni él ni su revólver podían nada. Era una técnica que habitualmente se utilizaba de forma noble, honesta y digna. Pero que si un malhechor era capaz de dominarla, la usaría sin vacilaciones en el peor de los sentidos. Y así ocurrid en esta ocasión.

Los hombres de facciones duras y agresivas, eran dos *budokas*. No lo eran, por supuesto, en el exacto sentido de la palabra, porque un *budoka* es un hombre que domina una determinada disciplina de Artes Marciales, y jamás puede usarla con malas intenciones. Pero ellos sólo eran *budokas* porque habían aprendido a luchar como los orientales, sin atenerse al código moral y filosófico de los auténticos luchadores de Artes Marciales.

Estos dos, no dudaron en emplear lo más dañino y demoledor de sus conocimientos contra un hombre viejo y enfermo, por el simple hecho de verle armado. Uno le machacó con un devastador *Uraken Shomen* o golpe del puño derecho a su rostro, que le lanzó atrás, vacilante, al tiempo que de sus dedos empezaba a escapar el arma de fuego.

Pero el segundo de los adversarios, no satisfecho con el resultado de esa acción, la remachó, para su tranquilidad, con un *Mae-*

Geri-Jodan, en impacto del pie derecho contra la nuez de Adán del viejo Temple.

El punto vital o atemi elegido, era el llamado en lengua oriental con el nombre de *Hichu*. El impacto podía ser simplemente para desvanecer al enemigo, o para matarle, si el impulso era lo bastante fuerte. En su rabioso ataque, el *budoka* asesino no dudó. Golpeó a matar.

Y Morgan Temple, el viejo floricultor, con la nuez de Adán quebrada por el ataque enemigo, se desplomó sin vida, aniquilado en el acto. Solamente un ronco estertor escapó de su garganta al caer de bruces sobre la tierra mojada.

—Está muerto… —balbuceó, poco después, el jefe de los merodeadores, al inclinarse sobre Temple, en cuyos dedos crispados se arrugaban los sobres de plástico de las semillas, dos cerrados herméticamente, y uno a medio abrir, gastado en parte en la última siembra—. Le habéis matado.

—Iba armado, podía ser peligroso… —jadeó uno de los luchadores, precisamente el que machacara la nuez del floricultor con su pie—. Tuve que hacerlo…

— ¡Imbécil! —aulló su jefe—. ¡No era preciso! ¡Se trataba de un hombre de edad, era inofensivo, y hasta parecía enfermo…! Nunca hubiera hecho nada con ese revólver, Atkins!

—.Lo siento, señor —se excusó el llamado Atkins, humildemente —. Temí lo peor. Hasta un viejo enfermo puede apretar el gatillo de un revólver y volar los sesos a cualquiera. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Está bien, ya no hay remedio… —el jefe se inclinó sobre el muerto y observó en su mano los sobres de plástico—. Hemos venido a hacer algo, muchachos. Y aunque sea con esta muerte violenta que no hubiera deseado… lo haremos.

Rápido, forcejeó con los dedos del cadáver, arrebatándole los sobres de semillas, que guardó en su ropas, Luego hizo un gesto a sus dos compinches, y el trío de intrusos se alejó en la noche oscura y

húmeda, justamente cuando empezaba de nuevo a lloviznar, presagiando una mayor inclemencia del tiempo para las horas sucesivas.

Por entonces eran solamente las doce y media de la noche, y allá, en el invernadero de los Temple, el cadáver del viejo floricultor yacía no lejos del único ejemplar de rosa negra creado, hasta el momento, en todo el mundo.

Capítulo III
MAS VIOLENCIAS

Ward Baxter introdujo los sobres de semillas en la caja fuerte. Sonrió, al cerrar ésta, tras poner los fajos de billetes en torno a aquellos sobres, como si el dinero pudiese así ocultar perfectamente el producto del crimen recién cometido por uno de sus hombres.

—Bien... —susurró—. No creo que puedan probar nada contra mí, pensarán en un merodeador, en un simple asalto en despoblado. Aunque Annabel Temple denuncie algo, ¿cómo probará que yo tengo las semillas? La propia historia de esa rosa negra no tendrá demasiada consistencia. Llegado el momento, ¿quién creerá que la creación de una rosa negra puede ser obra de su padre y de nadie más?

Rió entre dientes, con los ojos centelleantes de júbilo, y cerró la caja, tras dejar dentro de ella el producto de su rapiña de aquella noche. Consultó luego su reloj. Había ido allí a horas desacostumbradas, para depositar en la caja el ansiado botín que podía cambiar los destinos de la industria floricultora mundial, haciendo de él y de su empresa la primera de todas. Muerto Temple, ahora estaba seguro de que nadie le disputaría la supremacía en su especialidad. Si todo era como había vislumbrado en el viejo invernadero de Temple, tenía la mayor y más asombrosa fortuna en sus manos. Pero a él ya le importaba poco el dinero. Era su prestigio, su triunfo como floricultor el que le obsesionaba. Demostraría al mundo entero que nadie era mejor que Ward Baxter.

Era exactamente la una menos diez minutos cuando abandonó su despacho, conectó de nuevo los circuitos de seguridad, y se alejó hacia la planta alta donde se alojaban él y su esposa.

Apenas hubo entrado en sus dependencias, se abrió una puerta y asomó una mujer envuelta en una amplia bata mal anudada a su cintura. Le miró, con expresión preocupada, y su voz sonó ronca, inquieta:

—Ward... Ward, ¿ocurre algo?

—No, querida —rechazó él fríamente, mirándola—, ¿Por qué habría de ocurrir algo?

—Oí voces, antes, en el patio. Luego, ruidos... Y vi luz en tu despacho. Son horas intempestivas. Tú no acostumbras...

—No, querida, lo sé... No temas nada —se aproximó, la rodeó los hombros, besó su mejilla y trató de calmara—. Estate tranquila. Vuelve a la cama. Tuve algo que hacer. Algo imprevisto, de última hora. No debes preocuparte. Todo va bien. Muy bien en realidad, Judy... Mañana hablaremos más ampliamente de todo esto. Ahora... me siento cansado.

—Sí, Ward, cariño. Sólo quería saber lo que sucedía. Pero me tranquilizas. Si no hay nada anormal...

—Nada, Judy —sonrió él, forzado, dominando su júbilo interior —. Te juro que no ocurre nada. Nada malo, sino algo muy bueno, por el contrario. Mañana hablaremos, ya te lo dije: Vamos, vamos, ve a descansar. Y no te olvides de tus píldoras...

—¡Oh, sí, mis píldoras...! —asintió Judy Baxter, inclinando la cabeza, sus grandes ojos grises fijos en la espesa alfombra. Hizo un movimiento brusco, y se agitaron sus dorados y largos cabellos—. Bien, Ward, buenas noches...

—Buenas noches, amor —él besó su melena dorada, dulcemente. La oprimió con un aire ausente, como de rutina—. Felices sueños.

Luego se metió en su propia habitación. No se separaban él y Judy, porque ambos eran católicos y se debían a una serie de condicionamientos sociales, pero lo cierto es que llevaban ya algunos años viviendo así, en habitaciones separadas, sin una auténtica relación matrimonial entre sí. Pero ambos lo aceptaban como algo

inevitable, y ninguno pedía cuentas al otro.

Momentos más tarde, la mansión de los Baxter se envolvía en una penumbra silenciosa y tranquila, que hablaba de sueños, de paz, de reposo y calma.

Pero no todo era allí sueño, paz, reposo ni calma...

Por ello, a la una y cinco minutos, una nueva acción, sigilosa y cauta, se inició no lejos del despacho de Ward Baxter.

Y dos personas, dos intrusos, hombre y mujer, lograron llegar hasta el propio despacho privado del magnate de la floricultura en California, salvando los obstáculos electrónicos que el ingenioso y complejo sistema de seguridad del edificio había establecido en torno al lugar, como una red de protección realmente inextricable.

Sólo que esas dos personas, con ayuda de los ingenios de que iban provistas, salvaron con suma facilidad toda clase de barreras, para llegar finalmente al objetivo deseado.

La caja fuerte de Ward Baxter, donde había medio millón de dólares en efectivo.

Y también las semillas de las rosas negras de Morgan

Temple.

* * *

—Vamos, recoge eso. Estamos terminando ya, querida...

Temblaban las manos de ella, visiblemente. Pese a ello, se mordió el labio inferior, dominando sus emociones, y hundió su brazo en el interior de la caja metálica empotrada en el muro, tras el gran retrato de Ward Baxter, sénior, fundador de la gran empresa floricultora, tomando los últimos fajos de billetes que allí había.

Como los anteriores, reunidos por él en una bolsa de plástico resistente, eran billetes gastados, sin numeración correlativa, y nunca mayor su valor de los cincuenta dólares.

La caja quedó vacía, y ella exhaló un suspiro de alivio.

—Ya está —susurró—. Vámonos, Shelby. Este lugar me... me asusta.

Miró en torno, a los ocultos objetivos de cámaras fotográficas accionadas electrónicamente, que sabía que les vigilaban, aunque Shelby hubiera desconectado, hábil y sigilosamente, todos los sistemas de seguridad y control de aquella zona del edificio, antes de empezar a actuar en el amplio despacho de Baxter.

—Ya vamos, Glenda —sonrió él, con sorprendente serenidad—. Como verás, todo es mucho más fácil y seguro de lo que imaginabas. Nadie va a darse cuenta de nada en absoluto. Ya tenemos el medio .millón. Sólo queda salir de aquí, y ponerse a salvo con él.. ¡Eh, espera! Hay algo más ahí dentro, en la caja...

—Por el amor de Dios, Shelby, no te entretengas ahora —suplicó ella, angustiada, aferrando su brazo—. Marchémonos cuanto antes.

—Espera. Un minuto más no afectará a nuestros planes. El vigilante nocturno tardará aún más de diez en pasar. Estamos totalmente seguros. Jamás altera la rutina de su horario. Aquí guarda algo ese hombre, y si lo guarda tanto, es que ha de ser muy valioso... Hola, ¿ves esto? Es extraño que lo tenga tan protegido. Solamente parecen semillas... —tocó uno de los tres sobres de plástico que había hallado en el interior de la caja, comprobando su contenido—. Sí, eso es. Semillas de plantas. Es raro. Se guardan en otro lugar. Para que él haya dejado éstas aquí, ha de haber algo raro en ellas. Tal vez un nuevo híbrido, un producto floral en estudio o un descubrimiento importante en la industria floricultora. Bien, lo veremos. Si es realmente muy importante, lo sabremos pronto. Y será ocasión de conseguir de Baxter más dinero...

—¿Qué estás pensando? —se inquietó ella, sin dejar de mirarle con ojos de angustia.

—Estoy pensando en una posible venta de las semillas o un competidor... o al propio Baxter, si la cosa tiene un gran valor. Estas cosas no se guardan en la caja fuerte, tras el dinero... a menos que

valgan más que el propio dinero. De modo que un comunicado anónimo podría conseguir que Baxter ofreciese un buen precio por recuperar sus semillas.

—Eso es una locura —gimió Glenda—. Podrían descubrirnos, tendemos una trampa...

—Estate tranquila — rió é! suavemente, con un destello de astucia en sus ojos—. No ocurrirá nada de eso, te lo aseguro. Sé cómo hacer las cosas con absoluta seguridad, sin que tenga que dar la cara en momento alguno. Será un rescate, y nada más. Baxter no puede ni imaginarse quién le hará la oferta. Vamos ya. Necesitamos salir de la casa, sin prisas. Dentro de poco, estaremos lejos de aquí. Y mañana, con toda normalidad, nos reintegraremos a nuestros puestos de trabajo en la empresa, sin que nadie sospeche nada, querida..

Hizo un gesto alentador a la joven, y salieron ambos del despacho. Paulatinamente, a medida que iban salvando las diferentes estancias y corredores, de regreso a la salida, Shelby volvía a conectar con gran serenidad los circuitos de seguridad, dejando todo tal como había estado originalmente. Por último, una vez en el exterior, cruzaron un patio desierto, alcanzaron una zona oscura, ajardinada sobre la que rumoreaba insistentemente el golpeteo de la lluvia, y contemplaron con alivio el automóvil que permanecía aparcado más allá de la verja circundante, disimulado entre los arbustos y arboleda del exterior.

—Ahora, última parte del plan —sonrió Shelby lleno de seguridad en sí mismo—. Salvar la valla, subir al coche, y partir hacia la ciudad, querida... Adelante.

Alcanzaron la valla. Había en ella una puerta que se accionaba electrónicamente, así como un sistema de corriente eléctrica en el interior de la verja, para seguridad del recinto. Su descarga no era mortal, pero podía provocar un shock en un intruso, y la electrificación, al activarse, despertaba un sistema especial de alarma. También eso lo había previsto Shelby Stuart, y estaba inutilizado

momentáneamente.

Salvaron la puertecilla, salió Glenda la primera, recogió él su bolsa de plástico, repleta de billetes, y salió tras ella, cerrando la puerta metálica y conectando el sistema de alarma.

En ese momento, cometió su primero y único error. La tarjeta perforada con el código electrónico para desconectar algunos sistemas, se le fue de las manos mojadas por la lluvia y tal vez, pese a su sangre fría, ligeramente nerviosas también.

La tarjeta golpeó la parte interior de la valla metálica, tras irse de su mano, y penetrar por la rendija de la puerta ya cerrada. Apenas se produjo el contacto, la red de metal expulsó un chispazo azulado intenso, se notó una vibración, y dentro del recinto empezó a sonar una sirena potente.

La alarma estaba dada.

Shelby soltó una imprecación, palideciendo. Glenda giró la cabeza, con gesto de terror.

—¿Qué ocurre? —gimió ella—. Ahora ya saben…

—¡Pronto, corre! —rugió él—. Esa maldita tarjeta… Vamos, al coche, hay que salir de aquí cuanto antes.

Cruzaron el claro a la carrera, mientras las luces comenzaban a encenderse dentro del recinto. Jadeantes, llegaron ante el coche, subieron a él y Shelby Stuart lo puso en marcha, nerviosamente. Arrancaron a toda velocidad, cuando ya en el patio aparecía el conserje de noche, pistola en mano, disparando contra el vehículo. Este, con las luces apagadas, viró bruscamente, enfilando la carretera y alejándose vertiginosamente en la noche lluviosa.

Pero la alarma ya estaba dada. El robo iba a descubrirse mucho antes de lo que a ellos les hubiera convenido.

* * *

—¿Más tranquila ya? —sonrió Shelby, risueño, mirando a su

joven compañera.

—No... no sé... —susurró ella con voz ahogada, tomando la copa de brandy que él le ofrecía—. No sé, Shelby. Estoy asustada. Muy asustada...

—¡Bah, tonterías! Ya viste que ni siquiera nos persiguieron. No había tiempo para ello. Ahora estamos a salvo. Nadie pudo advertir el color ni matrícula del coche, y ahora tenemos, aquí, ese medio millón... y esas semillas también. De modo que estamos a salvo, cariño. Totalmente a salvo. Ahora, termina de calmar tus nervios, ve a tu casa y acuéstate. Puedes dormir tranquila hasta mañana. Iremos normalmente al trabajo, y nos comportaremos con absoluta normalidad. ¿.Crees que podrás hacerlo?

—Imagino... imagino que sí... —jadeó ella, ahogadamente.

— Tienes que hacerlo. De otro modo, todo se echaría a perder. No debe sospechar nadie de ti, ni de mí. Sabes que ahora somos ricos, que sólo necesitamos paciencia para esperar a nuestro momento... Y unidos, viviremos felices, lejos de California y de la empresa de Baxter.

—Lo ves todo tan sencillo... Y sin embargo, estuvimos a punto de sufrir el mayor desastre, sólo por un pequeño fallo.

—Siempre hay algo que no puede preverse. No fue nada, ya lo ves. Pasó todo peligro. Somos empleados de la casa, personas ajenas a ese edificio donde hemos cometido el robo. ¿Quién podría relacionarnos, de un modo o de otro, con lo que ha sucedido esta noche allí? Quítate temores dé la cabeza. Lo malo pasó ya.

—Dios te oiga, Shelby, pero no me siento tranquila. En absoluto... —musitó ella, roncamente.

—Lo comprendo. Pero eso pasará, poco a poco. Te aseguro que nuestra impunidad es absoluta. Anda, cariño, ahora ve a descansar.

La besó suavemente, la oprimió contra si, de modo afectuoso, y con una sonrisa animosa, la llevó a la puerta.

—Hasta mañana, Shelby.

—Hasta mañana, querida —sonrió él—. Y descansa lo mejor posible. Todo irá bien, en adelante. Te lo garantizo.

Ella salió de la vivienda de Shelby, aquel pequeño *bungalow* en las afueras de San Francisco. Había dejado aparcado su coche allí cerca. Le bastaba recogerlo para ir a su apartamento y tratar de dormir un poco, si ello era posible tras la aventura de aquella noche.

El, entretanto, regresó al interior de la vivienda con paso seguro, con expresión fría y tranquila en su rostro joven y agraciado. Tras unos momentos de indecisión, se aproximó al teléfono. Marcó un número.

Pese a lo avanzado de la madrugada, al otro extremo del hilo no le hicieron esperar, descolgando pronto el aparato. Una voz femenina llegó a sus oídos:

— Karin. ¿Quién llama?

—Soy yo, Shelby —dijo él con tono grave.

—¡Shelby! —había emoción en la voz ahora —. Dios sea loado, estaba impaciente, esperando esta llamada. ¿Todo ha ido bien?

—Perfecto —sonrió él. Notó que sudaba ligeramente, y se pasó la mano por la frente. Era un sudor frío, pero la piel estaba más caliente de lo normal. Se dijo que tal vez sufría un resfriado por culpa de la lluvia de aquella noche—. Todo bien, Karin.

—¿Ya tienes..?

—Todo, sí. Salió como te dije.

—¿Y ahora...?

—Ahora, a prepararlo todo. Gracias a ella obtuve los medios electrónicos, tú lo sabes. Su anterior trabajo en aquella factoría electrónica nos ha sido muy útil. Naturalmente, ni siquiera sospecha que va a quedarse al margen y que esta misma noche saldremos los dos del país. ¿Tienes dispuesta la avioneta?

—En el lugar convenido. Un campo de aviación sin control. Estaremos pronto en México, sobrevolando el mar. El piloto es de toda confianza.

—Perfecto. En México está todo dispuesto para saltar a Brasil. Karin, cariño, espérame en el lugar que dijimos. Estaré allí con el dinero.;, dentro de dos horas exactamente. Hasta luego. Te amo.

—No te demores, Shelby —sonó, ronroneante, la voz femenina —. Estoy deseando verme lejos de aquí… a tu lado.

—Pronto será realidad, querida. Muy pronto.

Colgó. Repentinamente, notó el roce a su espalda. Se volvió con brusquedad, sobresaltado.

Ella estaba allí, mirándole con ojos dilatados, con gesto de enorme asombro y terror. Su bonita faz aparecía mortalmente pálida.

—¡Glenda! —exclamó él con estupor, sintiendo un escalofrío—. ¿Qué haces aquí? ¿A qué has vuelto?

—Olvidé algo… —señaló una mesita inmediata—. Las llaves. No podía entrar en el coche… Ya ves qué tontería. Sólo porque ¡as olvidé al sacar el pañuelo… lo he descubierto todo.

—Glenda, no imagines cosas —se apresuró a avanzar él hacia ella, pálido y tenso—. Te explicaré. Los informes los obtuve de esa mujer, y debo engañarla para…

—No, Shelby. Es a mí a quien has engañado todo este tiempo —negó ella, lívida, retrocediendo—. Ya no será así. De modo que el plan perfecto… Paciencia, esperar unos meses, y luego irnos juntos a disfrutar ese maldito dinero… ¡Oh, Shelby, eres odioso! Esto se ha terminado. Definitivamente.

—Glenda, recuerda… Ese dinero es de los dos. No puedes salir de esto.

—Claro que puedo. Eres tú quien iba a salir definitivamente, huyendo esta misma noche con esa fulana y con el botín, Shelby. Cometí muchos errores. El mayor de ellos, confiar en ti y dejarme arrastrar a esa locura. Pero aún es tiempo de rectificar.

—¿Qué vas a hacer? —se alarmó él.

—Ya que no tuve valor para negarme a ser una ladrona, rectificaré ahora. Voy a la policía.

—¡No puedes hacer eso! —aulló él—. ¡Te encerrarán por complicidad en un robo!!

—Me tiene sin cuidado lo que hagan. Saldré un día, y podré volver a empezar. Es el precio de un error, Shelby. Lo tuyo será peor. _

—¡Glenda, vuelve! —rugió Shelby, persiguiéndola hacia el exterior—, ¡Vamos, vuelve aquí, pronto!

—No, Shelby —respondió ella, corriendo sobre el asfalto de la alameda, hacia su coche—. No vas a convencerme. De aquí, voy a la policía. No intentes detenerme o gritaré, despertando la alarma en los demás *bungalows* vecinos.

El la alcanzó, jurando entre dientes. La rodeó con sus brazos... y súbitamente le tapó la boca con su fuerte mano. Silabeó, rabioso:

—¡Maldita estúpida...! Debí pensar que serias capaz de una locura así. Vas a echarlo todo a rodar. No lo permitiré... Te quedarás aquí, conmigo. "Para siempre". Sintiéndolo mucho, puesto que quieres hundirlo todo... tengo que matarte, querida.

Lo dijo fría, desapasionadamente. Ella, con ojos dilatados, contempló el rostro del hombre, sereno y rígido, el destello de sus pupilas crueles, y supo que era cierto.

Shelby iba a matarla, para poder huir con la otra mujer y con el dinero.

Forcejeó rabiosamente, intentando liberarse, pero la presión de él era vigorosa. No había escapatoria.

—Lo lamento. Tú me obligas a ello... —susurró él, rodeando su cuello con unos dedos nervudos y poderosos, que empezaron a apretar paulatinamente—. Sería una estupidez dejar que destrozaras ahora mi vida...

Y apretó más y más. Glenda forcejeaba, notando que el aire se agotaba en sus pulmones. Ni la lluvia, golpeando su rostro y sus cabellos, le traía ya el menor alivio con su frescor. Se ahogaba, se empezaba a sentir con las sienes a punto de estallar.

De repente, vio lúcidamente lo que debía de hacer. Aquella

mano de él ardía, sudaba. El rostro de Shelby era una fría máscara bañada en transpiración. Glenda no trató de resistir ante su asesino. En vez de ello, se dejó resbalar sobre sus tacones, por el asfalto mojado.

Shelby, mucho más pesado que ella, la siguió en la caída, cuando perdió voluntariamente el equilibrio. Chocaron ambos cuerpos contra el automóvil, para ir luego contra el asfalto. Instintivamente, él la soltó con una de sus manos, para apoyarse en el suelo, y ella vio liberada su boca, ya que no su cuello.

Gritó larga, agudamente, y cuando la mano de él volvía a intentar amordazarla, ya en el suelo, le mordió despiadadamente. El rugido de dolor de Shelby, acusó el impacto de sus dientes. La soltó, con su sacudida, mientras la mano empezaba a sangrar. Glenda, rápida, se deslizó por debajo del cuerpo de él, le hincó un tacón en las ingles, haciéndole retorcerse de dolor, y pudo ponerse en pie, sin dejar de chillar, penetrando en el automóvil y poniéndolo en marcha.

Arrancó, mientras Shelby corría ya hacia la portezuela, a la que se aferró rabiosamente, mientras empezaban a brillar luces en los *bungalows* vecinos, atraída la atención de las gentes por los gritos de ella.

Logró colgarse de la portezuela, pero Glenda aceleró en ese momento, y él fue arrastrado unos metros, cayendo luego de bruces en el asfalto, al tenerse que soltar. Aceleró cuanto le fue posible, y en ese momento, se le caló el coche.

Luchó de forma airada con el vehículo. Shelby exhaló un rugido de júbilo, allá en el asfalto, se incorporó, y fue hacia ella velozmente. Desesperada, Glenda lo intentó todo, sin poder poner en marcha el vehículo. Entonces salió por la otra portezuela, lanzándose hacia la noche y la lluvia, desesperadamente, perseguida por Shelby.

El estaba a punto de alcanzarla, cuando los faros de un automóvil siluetearon las dos figuras. Shelby se paró, sorprendido. Pero fue sólo un momento, para seguir en pos de Glenda, a quien iba a

dar ya alcance.

Del automóvil surgió algo, veloz y oscuro como una pantera negra, que cruzó vertiginosamente la distancia hasta Shelby Stuart, y luego, en una especie de fantástica zambullida, cayó sobre él. Shelby lanzó una sorda imprecación revolviéndose contra aquel inesperado adversario.

—¿Qué diablos...? —comenzó a rugir.

Asombrado, descubrió que era una mujer la que caía sobre él como proyectada desde las sombras. Una mujer de oscura piel, cabello rizado y ojos centelleantes. Una mujer todo nervio, músculo y vigor, dentro de un cuerpo sorprendentemente escultural.

Ella, sin vacilar, le aplicó una llave de aikido, derribándolo en el suelo mojado sin dificultad alguna, presa de un *Ikkyo*.

El *Ikkyo* parecía simple, pero no lo era. A la elástica, felina mujer de color, le había bastado con tomar a su adversario, tras un golpe de *katana*, o canto de su mano, tomar luego la mano izquierda de Shelby con la suya del mismo lado, y adelantar el pie izquierdo describiendo con sus dos manos un gran círculo vertical hacia adelante.

Luego avanzó, empujando con el codo a Shelby, a quien desequilibró totalmente, haciéndole caer boca abajo. El movimiento resultó perfecto, al culminar el *Ikkyo* con un *Ude-Osae* o llave de codo, que inutilizó totalmente al adversario.

—Ya está listo —dijo, dejando al hombre inerte, de bruces en tierra. Se incorporó, mirando a la asustada joven—. No tema nada. El ya no la atacará. ¿Qué intentaba, realmente?

Glenda, rotos sus nervios, estalló en sollozos, aproximándose a su providencial salvadora.

—Iba a matarme —susurró.

—¿Qué? —pestañeó la mujer de .piel oscura, músculos relucientes y formas voluptuosas—. ¿Matarla?

—Sí. Es una larga historia. Por favor, ¿quiere llevarme a la

policía? Les contaré cuanto sucede…

—Claro —asintió ella, pensativa—. La acompañaré.

amiga mía. Pero será mejor que llevemos con nosotras a ese hombre,

—No, no.. Puede atacarnos.,. —gimió, asustada, Glenda—. No dudará en matar…

—No tema —rió la dama de piel color canela—. No hará nada. Sé cómo inmovilizar a un tipo peligroso. .

Fue hacia el caído. Se inclinó sobre él. Asombrada, se irguió, manifestando a Glenda con voz serena, aunque algo temblorosa:

—Cielos, ¿qué significa esto? Este hombre… “está muerto”.

Segunda Parte
NEGRO PERFUME MORTAL

Capítulo primero
MUERTE NEGRA

Reinó un profundo silencio en la sala.

Frank Cole y Kwan Shang cambiaron una mirada de perplejidad. Tras una pausa, fue el primero quien indagó de Lena:

—¿Era cierto? ¿Estaba muerto Shelby Stuart cuando te inclinaste sobre él?

—Muerto y bien muerto —asintió ella—. Un momento antes, sólo estaba inmovilizado y quejándose de mi llave de aikido. Ahora estaba muerto.

—Explícanos eso. ¿Cuál era su estado?

—Horrible. Estaba totalmente negro.

—¿"Negro”? —repitió Kwan, sorprendido.

—Eso es: negro —Lena se tocó la piel—. No como yo, sino lo que se llama “negro”. Como carbonizado. Algo espantoso.

—¿No había cables eléctricos por los, alrededores? —quiso saber Cole.

—No, nada. No le mató una descarga, Frank, si es eso lo que insinúas. Sencillamente, acababa de morir, rápida y silenciosamente. Su piel se había tornado negra, en manos y rostro cuando menos. La expresión era aterradora, como si el instante fugaz de esa muerte le hubiera causado un gran horror. Pero no exhaló ni un solo grito, os lo aseguro

—Bien . —Cole reflexionó, entornando sus grises, acerados ojos —. Sigue tu relato, Lena. Parece fascinante, aunque has tardado mucho en entrar en escena. ¿Qué sucedió a partir de ese momento?

—Bueno, los acontecimientos, lógicamente, se precipitaron —suspiró ella, cruzando sus bellas piernas con desenvoltura—. No podía ser de otro modo. La llevé a la policía. La muchacha confesó todo. Pero las cosas no resultaron como ella esperaba. Se quedaron con ella, por supuesto. Pero no bajo la acusación de robo, sino otra muy diferente. Está encarcelada, ahora, acusada de... "asesinato".

—¿Qué?

—Asesinato en primer grado. Con todos los factores negativos que se quieran.

—¿Qué asesinato? ¿El de Shelby Stuart?

—No. El de Ward Baxter, el floricultor.

—¡Baxter! —tronó Kwan, incorporándose—. ¿Pero ha muerto?

—Sí —asintió Lena Tiger, inclinando la cabeza—. Ha! muerto.

—De modo que van ya tres muertes: Morgan Temple, creador de la rosa negra, a manos de los guardaespaldas de Baxter... Shelby Stuart, misteriosamente fallecido, de repente... y luego Ward Baxter, la persona que robó e hizo matar a Temple.

—Exacto.

—Tendrás que aclararnos esto. ¿Cómo murió Baxter... y cuándo?

—Al parecer, tras darse la alarma, cuando Shelby y Glenda robaron el medio millón de dólares, los vigilantes nocturnos intentaron perseguir el coche de los ladrones. Al no serles posible, fueron en busca de Baxter, para notificarle lo sucedido. El no estaba en su habitación. Bajaron al despacho, y hallaron la caja fuerte vaciada..., pero con Ward Temple muerto delante de la misma,

—¿Crees que esa chica te ocultó algo al respecto?

—¿Glenda Farrell? No, no lo creo. Parecía tan asombrada como yo. Afirmó que escaparon de allí sin haber visto a nadie. Pero lo cierto es que Ward Baxter estaba muerto. Tal vez bajó momentos después de

salir ellos, y antes de darse la alarma, y se encontró con la caja abierta, muriendo entonces.

—Pero has hablado de asesinato. ¿Cómo murió Baxter?

—Eso es lo extraño del caso. El teniente Dobkin afirma que Baxter hubiera muerto de todos modos, no tardando mucho, porque el forense ha encontrado en él indicios de un poderoso envenenamiento, ya que su tez tenía un matiz violáceo y sus pupilas una peculiar dilatación. Pero su asesino le rompió la nuca con un brutal golpe que podría ser hecho con un objeto contundente... o con un golpe de *karate*, a mi parecer.

—¿*Karate*? También Morgan Temple fue muerto así —recordó vagamente Cole, con un destello de excitación en sus ojos—. Ese tal Atkins, servidor de Baxter, es *budoka*, ¿no?

—Sí. Pero Dobkin y la policía prefieren pensar en el objeto contundente, antes que en el golpe de *karate*, porque hay muchos objetos de bronce y de piedra en el despacho del crimen.

—Aclaremos las cosas, Lena. ¿Cómo sabes lo sucedido en el invernadero aquella noche, y cómo te has visto metida luego en ese lío con los tipos que querían liquidarte esta noche? —se interesó ahora Kwan Shang, frotándose el mentón.

— ¡Oh, eso...! —Lena sonrió, con expresión maliciosa—, Todo parece muy complicado, lo admito. Pero no lo es tanto. Ward Baxter parece ser que llevaba consigo un documento, en el que había descrito lo sucedido en el invernadero. Sin duda lo escribió aquella noche, al retirarse a su dormitorio, acosado por el remordimiento, con la intención de dejarlo alguna vez para que fuese hallado. Si es cierto que enfermó y notó que se moría, podría suceder que entonces escribiera esa confesión y bajase al despacho para recuperar las semillas y devolverlas a la hija de su víctima. Nunca sabremos lo que pasó por su mente en esos momentos, pero la policía halló el escrito, y ahora saben perfectamente que Temple fue asesinado por hombres del propio Baxter, además de despojarle de sus semillas. Atkins y su

compinche, Forbes, han desaparecido rápidamente, sin que hayan podido dar con ellos. La señora Baxter está dispuesta a devolver a Annabel Temple las semillas que le pertenecen, y compensarle de alguna forma por el mal causado por su marido, aunque ya nadie pueda devolver la vida al viejo Temple. Pero las semillas no aparecen.

—¿Las semillas? —Cole arrugó el ceño—. La última vez que se habló de ellas, estaban en el bolsillo de Shelby Stuart, ¿no?

—Sí, pero en el cadáver no estaban. Ni tampoco en la casa, aunque se buscó minuciosamente. Se ha recuperado todo el dinero robado por Shelby, pero no las semillas de la rosa negra.

—Es curioso...

—¿Qué es lo curioso?

—Esa desaparición. Sabemos que Shelby Stuart planeaba pedir por ellas una fuerte suma a Baxter. Por tanto, debió guardarlas cuidadosamente, pero ¿dónde?

—Eso quisiera saber la policía. Y Annabel Temple. Y la señora Baxter. Pero nadie sabe nada. Shelby se llevó el secreto a la tumba.

—¿Le han hecho ya la autopsia?

—¿A Shelby? No sé. Seguramente ya se sepa algo.. Estos hechos tuvieron lugar anteanoche. Ayer fue un día muy agitado para mí, para la policía... y para todos los implicados en este maldito asunto. Creo que hoy le hacían la autopsia a los cadáveres de las tres personas víctimas de esta cadena de hechos en torno a unas flores negras. Es como si esa rosa siniestra tuviera la culpa de todo. Es una tontería pensar así, pero no puedo evitarlo..

—Falta que nos cuentes tu peripecia —sonrió Kwan de nuevo—. Quiénes eran esos tipos y por qué intentaron matarte?

—A eso llegamos ya —suspiró Lena—. He estado meditando sobre el asunto, llegando a una conclusión: hay alguien que sospecha que yo tengo las semillas que no fueron halladas.

—No deja de tener su lógica. Aparte de Glenda, tú eres la última persona que estuvo junto a él —comentó Cole, pensativo.

—Exacto. Por eso lo he pensado. Ayer noté que me seguían. Hay alguien que me ha enviado espías detrás. Pero no conforme con eso, utilizó asesinos para intentar eliminarme. Curioso, ¿no?

—Mucho. ¿Quién puede haber sido quien les contrató para atacarte? ¿Sospechas de alguien en concreto?

—No. Sólo sé que Baxter tenía un empleado, un tal Henry Mulder... El administra los bienes de la empresa y era su hombre de confianza. Quizá no sea ajeno a esto, con tal de recuperar tas semillas que robara su patrón. Es evidente que estaba al tanto de cuanto se hacía allí.

—Será cuestión de ver qué clase de individuo es el tal Mulder. No me gusta que anden por ahí intentando suprimir a uno de nuestro grupo, Lena.

—No sólo tendréis que intervenir en este asunto por ese motivo —sonrió la mulata—. Le he prometido ayuda a esa pobre chica.

—¿A Glenda Farrell?

—Sí. Ella se vio arrastrada a ese robo, por Shelby. No quería hacerlo, no tiene madera de delincuente. El ejercía una gran influencia sobre ella, y la dominaba, eso es obvio. Aun así, al verse burlada, intentó jugárselo todo para denunciar el hecho. No creo que sea culpable de nada. Si asegura que ni ella ni Shelby vieron, en ningún momento, a Baxter en esa noche, yo quiero creerla. Para mí es inocente.

—Está bien, buena samaritana —sonrió Cole—. Haremos lo que pides. Te ayudaremos a intentar probar que ella no mató a Ward Baxter esa noche.

—Gracias, Frank —puso su mano en la de él, y la oprimió con calor, dirigiéndole una sonrisa maliciosa—. Eres maravilloso, querido. Sabía que decidirías algo así. .

—De todos modos, ahora ya es muy tarde —bostezó Frank, consultando su reloj—. La salud de un buen *budoka* exige descanso y un horario correcto. Vamos a dormir. Mañana, por la mañana, tras el

entrenamiento en el *dojo*, planearemos nuestra acción inmediata. ¿De acuerdo todos?

—Sí, de acuerdo —asintió Lena, sonriente—. Ya que el azar me puso aquella noche en el camino de Glenda Farrell, salvando su vida y viéndome mezclada en la extraña muerte de ese joven, me gustaría llegar en esto hasta el fin.

—Piensa que corres el riesgo de que te hayas equivocado con esa muchacha, y al final resulte culpable. Sería un final muy poco grato para ti, Lena.

—Lo he pensado. Creo que vale la pena correr ese riesgo. Tengo instinto, Frank, tú lo sabes. Y él me dice que ella no podría estar mezclada en crimen alguno.

—Conforme. Respeto tu instinto. La prueba es que vamos a luchar unidos, para tratar de saber qué se oculta tras ese misterio. Ahora… buenas noches a todos.

—¡Oh, Frank! Me siento tan abatida esta noche… que me gustaría sentirte cerca mientras reposo —le sugirió ella, melosa, insinuante, mientras Kwan se alejaba hacia su dormitorio.

—Mañana hemos de estar despejados y frescos, Lena —sonrió Cole—. Para ello, necesitamos dormir un cierto número de horas. Y sé que contigo al lado no podría dormir ni la mitad de ese tiempo… Y tú tampoco.

—Te prometo ser buena chica —dijo ella, entornando sus ojos coquetonamente.

—Pero yo no podría prometerte nada —rió él, moviendo la cabeza—. Hasta mañana, Lena.

— ¡Vete al diablo! —refunfuñó ella, airada, alejándose con un cimbreo mareante de caderas.

Frank Cole sonrió, contemplando pensativo las redondas y duras nalgas que se adherían al tejido, y se encaminó también a su propio dormitorio. El portazo de Lena en el suyo, fue muy significativo.

* * *

Kwan Shang lanzó su grito ronco, vibrante: —¡Kiai!

Y luego, atacó a su adversario con las manos en posición de *Hu-Chao* o *Zarpa de Tigre*, imprimiendo a sus movimientos la agilidad elástica de las técnicas del *kung-fu*.

Frente a él, sobre el *tatami* de su *dojo* privado, Lena Tiger era el enemigo, dispuesto con todas las armas del *aikido* y del *Tae-Kwon-Do*, a pelear contra su compañero. Ello formaba parte de sus habituales ejercicios y entrenamientos.

Resultaba hermoso ver aquellas dos figuras, como dotadas de una agilidad y elegancia dignas de dos felinos, enfrentándose en la incruenta batalla en la que jugaban, primordialmente, la habilidad, la astucia, la rapidez de reflejos, la precisión en los movimientos y en los golpes, siempre señalados, sin llegar a impactar, y, sobre todo, un dominio absoluto de los secretos de la lucha oriental, en la que las más poderosas armas de sus practicantes eran simplemente sus brazos y piernas, al servicio de una disciplina férrea y de una mente lúcida y serena.

Kwan tuvo una victoria momentánea sobre Lena, que luego se trocó en una ventaja para ella, logrando abatir a Kwan con un agilísimo salto de *Tae-Kwon-Do*, un espectacular *Twimyo Bandae Dollyo Chagi*, que proyectó ¡a figura fantástica de la hermosa mulata por entre la cerrada defensa de Kwan, y el contraataque de sus manos en posición *Cha Shou*, o mano de cangrejo. Luego se equilibró de nuevo el choque, sin que se supiera a ciencia cierta quién sería el vencedor de la prueba.

Una voz clara y segura impidió que hubiera vencedor o vencido, dando por terminado en ese momento el encuentro.

—¡Parad! Podéis ducharos y salir de ahí. Tenemos trabajo hoy.

Se volvieron ambos, relajando sus músculos. Frank Cole, vestido deportivamente, jovial y sonriente, estaba al borde del tatami. Lena se

mostró sorprendida:

—¿No entrenas hoy, Frank?

—Ya lo hice —sonrió él—. Me levanté una hora antes que vosotros. Incluso he tenido tiempo de hacer algunas llamadas.

—El superhombre, siempre llevando la iniciativa —comentó irónica Lena, con una mirada malévola a Cole, que demostraba que aún no le había perdonado su desdén de la noche anterior—. Bien, Frank, ¿hay algo nuevo?

—Unas cuantas cosas. Mientras os ducháis, os iré contando algo... Así os haréis una idea más clara de la clase de embrollo en que estamos metidos.

—Te escucho, Frank —dijo Kwan, entrando en las duchas.

Poco después, el agua corría copiosamente sobre los cuerpos desnudos de los *budokas*. Frank, entre las puertas de ambas duchas, comenzó a hablar, imaginando fácilmente el espectáculo del cuerpo desnudo, turgente y provocativo de la bella muchacha de color, bajo el chorro de agua que golpeaba sus hombros y se deslizaba luego por encima de sus erectos senos, para resbalar al fin por el vientre y los muslos, dándoles el brillo suave del bronce.

—Ya se hicieron autopsias de las tres personas. Los resultados son altamente interesantes. Y estremecedores. En los casos de Morgan Temple y de Ward Baxter, de no haber sido atacados y asesinados, su vida solamente se hubiera prolongado por espacio de unas horas, no más de tres o cuatro.

—¿Eh? —sonó la voz de Lena, excitada—. ¿Eso es posible?

—Sí, lo es. ¿Recuerdas los sudores y la fiebre de Temple y de Shelby? Ambos estaban ya mortalmente afectados por el mismo mal que hubiera matado a Baxter, de no mediar el golpe en la nuca.

—Eso sí que es raro... El mismo mal... ¿Saben qué clase de mal?

—No. Es algo nuevo. Raro, desconocido. Un envenenamiento rápido de todo el organismo. Sudor, fiebre, parálisis súbita, parecen ser sus síntomas. El modo de recibir el veneno, está aún por probar,

pero el forense cree que es “aspirado”. O por contacto con la epidermis, también.

—Aspirado o por contacto .. —repitió Lena—. ¿Y en el caso de Shelby? ¿También había envenenamiento?

—Sí. Pero ése era particularmente virulento. Toda su piel se ennegreció, mientras que en los casos de Baxter y Temple solamente mostraban un tono amoratado. El veneno absorbido por la epidermis de Shelby fue mucho más eficaz y, sin duda, abundante, que en los otros casos.

— Pero se desconoce su origen ..

—Sí, se desconoce oficialmente. Yo tengo mi propia idea sobre el caso.

—¿Y es...?

—La rosa negra.

—¿Qué quieres decir? —Lena salió de la ducha, sin haberse cubierto aún con la toalla, sobresaltada por el comentario de Frank. Lentamente, después, sus vigorosos pechos eran tapados por el tejido de colores. El agua chorreaba por sus bien formadas piernas.

—Lo que he dicho: todos los que han muerto, los que padecían ese extraño mal, tuvieron contacto con la rosa negra, de una u otra forma.

—Shelby no, que yo sepa.

—Pero Shelby tuvo en su bolsillo, durante un cierto tiempo, la semilla de las flores de Temple.

—Las semillas... —los ojos de Lena brillaron—. ¿Pueden ser las semillas el vehículo letal?

—Mucho me temo que sí —asintió Cole, pensativo—. Y lo malo es que no sabemos dónde están ahora... Si siguen sueltas por ahí, si alguien las lleva consigo o tiene un contacto con ellas... es persona muerta.

—Es una posibilidad escalofriante... Frank, ¿qué hay de ese golpe en la nuca? ¿Saben si fue dado con un objeto contundente o con

la mano?

—El forense insiste en que fue con un objeto pesado y redondo, que no causó herida. Pero nosotros sabemos que ese golpe puede darse también con la mano en ken o cerrada, es decir, con el puño, y de muy diversas formas, desde la posición regular, o *Hon-Ken*, hasta la *Ura-Utchi-Ken* o puño al revés, pasando por todas las demás posiciones. Y, de quererlo el agresor, nadie distinguiría la diferencia entre tos golpes de *karate* mortal y un impacto de una figura de bronce o piedra, pongamos por caso.

—De modo que la acusación contra esa chica sigue en pie.

—Más que eso El fiscal del distrito ha aceptado el caso, y ha iniciado el procesamiento formal de Glenda Farrell. Hoy pasa la muchacha a prisión. El juez no concede libertad provisional bajo fianza en casos de asesinato.

— ¡Dios mío, pobre muchacha...!

—Sí, Dobkin me dijo por teléfono que le produce verdadera lástima su estado. No cesa de llorar, jura y perjura que ella es inocente, que no sería capaz de matar a nadie ni de ver que otro lo hacía, y que ni ella ni Shelby Stuart vieron a Baxter en absoluto. Pero las circunstancias la acusan, y el caso sigue adelante.

—¿Qué más te dijo Dobkin? —se frotó ella enérgicamente con la toalla, sin importarle que su bellísima anatomía vibrase ante los ojos de Cole.

—Poca cosa. Parece ser que esa chica a quien llamó Shelby Stuart poco antes de morir, se llama Karin Harper y es modelo. Pero, curiosamente, se hizo popular anunciando en grandes carteles murales y en páginas de las revistas ilustradas las flores de la Floricultora Baxter. Y hay quien dice que conocía personalmente al propio Baxter y tal vez él mismo la elevó a la fama con ese trabajo..

—Un maldito enredo en suma, ¿no es eso?

—Ya lo sería así, si no hubiese más cosas.

—¿Más aún? —pestañeó Lena, sorprendida.

—Sí. Ese administrador de Baxter, Henry Mulder..., asiste a clases de *karate* en un *dojo* de Telegraph Hill. No es precisamente un sexto Dan, pero es un buen alumno, al parecer. Dobkin ha averiguado eso y lo ha anotado en su agenda por si acaso.

—Parece que son muchas las novedades para una sola mañana —sonrió Lena, caminando junto a Frank, envuelta en la toalla.

—Pues aún queda la última novedad.

—¿Más aún? —se paró de nuevo, asombrada, mirando a Cole—, ¿Qué es ello?

—Shelby Stuart tenía un singular vecino en la zona residencial donde habitaba. Ya sabes, donde tú te encontraste casualmente con la escena del intento de asesinato. El *bungalow* vecino al suyo, está ocupado por una persona que tiene algo que ver en todo este enredo.

—¿Quién es?

—Barnaby Clayton, floricultor, y socio de Ward Baxter... ¿Qué te parece el mosaico?

—Delirante —fue el comentario de Lena, antes de ir a vestirse.

Capítulo II
MISTERIO MORTAL

—Sí, señor .Cole. Desgraciadamente, mi esposo era capaz de eso. Y lo hizo. No se detuvo nunca ante nada cuando anduvo en juego su ambición.

—Lamento hablarle de ello en circunstancias tan dolorosas, señora Baxter, pero estamos intentando averiguar algunos puntos acerca de los sucesos que rodean la muerte de su esposo y otros hechos posiblemente relacionados con ella, y he pensado que nadie mejor que usted para darnos una .orientación sobre el comportamiento de su esposo últimamente.

Judy Baxter reveló cierta amargura en su bello rostro ligeramente ajado. Se pasó una mano nerviosa por su rubio cabello lacio, y habló sin rodeos:

—Verá, señor Cole. Ward y yo no hacíamos ya una vida de matrimonio, desde hacía bastante tiempo. Por nuestra posición social, y porque ambos éramos católicos, no quisimos aceptar el divorcio, aunque tal vez vivíamos en un completo error. Yo sé que él tenía amigas, mujeres hermosas atraídas por su dinero, con las que él mantenía relaciones de vez en cuando. Pero ya no sentía celos de él. Hace tiempo que nuestra unión zozobró. Sólo manteníamos las apariencias, y nada más. A veces, Ward ni siquiera eso lograba.

—¿Vivían muy distanciados?

—Más de lo que hacía suponer la convivencia aquí, en casa, o en reuniones sociales y financieras. Sin embargo, me preocupaban sus problemas. Y últimamente, eso es cierto, estaba muy preocupado, no sé por qué. Imagino que algo de lo que sucedía en los cultivos de los

Temple le tenía inquieto, en tensión. Tal vez esa rosa negra que dicen ha conseguido...

—Sí, es muy posible que sea así, señora Baxter. El decidió hacerse con la rosa negra de Morgan Temple, y casi lo logró. Pero no disfrutó mucho de su victoria.

—Ciertamente... —los ojos claros de la viuda le contemplaron fijamente—. ¿Es cierto que él hubiera muerto, de todos modos, de no mediar el asesinato esa noche?

—Cierto. Usted no le hubiera vuelto a ver vivo, señora. Era un mal fatídico, a corto plazo.

—¿Qué pudo producirlo?

—Mucho nos tememos que las semillas de la rosa negra. Esa flor podrá ser la más hermosa imaginable, pero es también mortífera. Su semilla es letal. Algo que jamás pudo imaginar su creador, Morgan Temple.

—Y Ward hubiera muerto víctima de su propia maldad, de no mediar ese crimen... —La señora Baxter movió tristemente su cabeza —. La vida, a veces, tiene ironías asombrosas, señor Cole.

—Ciertamente. Quien la golpeó esa noche, no hizo sino precipitar las cosas. Pero de todos modos cometió un asesinato. Ante la ley, su delito es el mismo.

—Esa chica. . —suspiró la viuda—. ¿De verdad es ella culpable?

—La acusación existe. Va a ser procesada por asesinato con nocturnidad, allanamiento de morada, robo, y toda una serie de hechos desfavorables para ella. No es fácil que escape a una fuerte condena. Tal vez, incluso, la máxima imaginable.

—Muerte... ¡Qué horror! —se estremeció la dama—, ¿Y si el agresor fue solamente su acompañante, y ella fue simple testigo del hecho?

—Por desgracia, el acompañante no vive para confirmar ese punto. No hay testigos. Y ella insiste en negar toda participación en el crimen, así como que fuese cometido por su compañero, del que no se

separó en ningún momento. Eso puede ser cierto, pero el fiscal hará pedazos su versión de los hechos. No tiene muchas posibilidades de salir adelante.

—Me gustaría poderle ayudar, señor Cole, si trata de salvar a esa joven. Aunque cabe la posibilidad de que sea culpable, y eso no sería justo. A fin de cuentas, aunque viviéramos distanciados, Ward era mi esposo. Y era un ser humano, con todas sus virtudes y defectos.

—Muy cierto. Pese a todo, su asesino debe ser castigado. Sólo me interesa saber si ese asesino podría ser otra persona. Usted conoce a las personas que podían llegar hasta su esposo a esas horas de la noche, sin despertar en él recelo alguno..,

—Creo entenderle —la viuda paseó por la estancia, su mirada perdida en el vacío—. Hay pocas personas capaces de ello, dentro de esta casa. Ya sabe usted que la planta baja está destinada a despacho y dependencias del negocio de mi esposo. Y que el aislamiento de nuestra vivienda, es bastante considerable, pese a la, proximidad. Digamos que solamente esos dos hombres que le servían, Howard Atkins y Graham Forbes, junto con su administrador, Henry Mulder, podían llegar hasta él en cualquier momento, sin el menor problema.

—¿Y Barnaby Clayton?

—¿El socio de Ward? —la señora Baxter reveló cierta sorpresa —. ¡Oh, no es fácil! Cierto que tiene las llaves de la casa, que puede venir cuando quiera, sin obstáculo alguno, pero nunca lo hace de noche. Reside en una zona de *bungalows*, creo, en las afueras de la ciudad. .

—Sí. Precisamente, junto al *bungalow* que ocupaba el hombre que robó a su esposo y que ahora está muerto. Me refiero al cómplice de Glenda Farrell.

—¡Cielos! ¿Eso es cierto? No puede ser casual…

—No creo que lo sea. Shelby Stuart debía de trabajar en algo para Barnaby Clayton, y por eso residía allí, cerca de él. Pero el golpe no creo que estuviese planeado Clayton. Stuart iba a escaparse del país

con una bella joven, una modelo llamada Karin Harper.

—Karin Harper... —los ojos claros de la mujer brillaron—. Esa fue una de las amigas de mi marido...

—Lo sabía. De modo que todos se relacionaban entre sí. Su esposo era él centro de una telaraña singular, donde él quedó prendido, igual que esa muchacha, Glenda Farrell. Y, por supuesto, Morgan Temple, Shelby Stuart... Sólo que ellos están también muertos, igual que su esposo.

—Demasiadas muertes —se estremeció ella—. Yo no puedo ayudarle en eso. Sé menos que usted, señor Cole.

—Lo supongo. Pero sabrá cosas sobre Barnaby Clayton, por ejemplo. ¿Se llevaba bien con su esposo?

—Normalmente. Clayton es un hombre extraño, muy introvertido. Nunca se sabe lo que realmente piensa.

—¿Tiene fortuna propia?

—Gracias a Ward. Era su socio industrial, podríamos decir. Barnaby Clayton se ocupa de los cultivos, de la calidad de las flores y todo eso. El es un floricultor muy bueno.

—¿Conocía a Temple?

—¿Quién no conoce en este gremio a Morgan Temple? Todos tenían relación con él. Era un hombre anárquico, ferozmente independiente. Pero un genio en cuestión de llores. Y parece haberlo demostrado.

—En efecto. Señora Baxter, ¿hace tiempo que su esposo terminó sus relaciones con Karin Harper?

—Supongo que sí. Se cansaba fácilmente de todas. Le gustaba variar de amante, si es eso a lo que se refiere.

—Pero ella seguía trabajando para la empresa, ¿no? lodos los anuncios de las flores Baxter los hace ella...

—Quizá Henry tenga parte en eso.

—¿Henry?

—Henry Mulder, su administrador general. Se ocupa también de

la publicidad. No me sorprendería que hubiese substituido a mi esposo en el corazón... y en el bolsillo de esa jovencita. Ocurrió otras veces.

—Ya. El plato de segunda mesa —comentó Frank, pensativo—. ¿Cuál sería su opinión personal sobre Henry Mulder?

—Pésima —dijo ella, rotunda—. Henry es un ser viscoso y servil. Capaz de todo por satisfacer a quien le paga.

—¿Y capaz también de matar, si quien le paga llega a amenazarle con algo realmente grave? —insinuó Frank Cole, vivamente.

La viuda le miró unos instantes en silencio. Al final, afirmó con la cabeza, muy despacio.

—Sí, señor Cole —dijo—. Creo que si sería capaz de eso también.

* * *

Lena Tiger y Kwan Shang observaron a través de la ventanilla del automóvil. Luego cambiaron una mirada

significativa.

—Es ella —dijo Lena, tras consultar una página publicitaria en una revista ilustrada que sostenía sobre sus muslos—. No hay duda.

—¿Qué va a hacer Karin Harper en el *bungalow* de Shelby Stuart? —murmuró Kwan, pensativo—. Ya lo registró la policía, el dinero fue retirado de allí. No queda nada de valor ahí dentro,.;

—Espera —le detuvo Lena—. No va a ese *bungalow,* el 113, sino al siguiente, el 115...

—El que ocupa Barnaby Clayton...

—Eso es. Nuestra hermosa modelo, la compinche de Shelby Stuart, parece que no es ajena al vecino de su difunto amante...

—Eso es lo que parece —asintió Kwan, arrugando el ceño—. Sí, ya es seguro. Ha rebasado la casa de Stuart. Va a entrar en la otra.

Era cierto. La alta, esbelta y llamativa joven de rojos cabellos, se

había detenido ante la valla del vecino *bungalow*, pulsando el llamador. Esperó, tras dirigir una mirada cauta en torno suyo. La quietud y soledad de la zona, todavía cubierta de charcos de lluvia, pareció tranquilizarla. Lena y Kwan se habían agazapado en el automóvil aparcado enfrente, y éste parecía vacío.

Se abrió la puerta de la vivienda. Un hombre alto, en mangas de camisa, con un vaso de whisky en la mano, apareció en el umbral. Tenía la tez bronceada, y los negros cabellos ondulados, mostraban algunas salpicaduras grises que le daban mayor atractivo varonil.

También él miró en derredor, mientras hablaba con la visitante unos momentos. Tras otear los alrededores, pareció tranquilizarse y la hizo entrar, cerrando luego la puerta. Borrosamente, a través de los cristales laterales de la entrada, tamizados por unos visillos blancos, Lena captó, con sus prismáticos, la fusión de la pareja.

—Se abrazan y besan —comentó—. No son simples amigos, Kwan.

—De modo que ella iba a largarse con Stuart, pero tenía relación con su vecino... No lo veo muy claro.

—Yo, sí. Me parece que el vivo de Shelby Stuart, que tenía proyectado burlarse de la ingenua Glenda Farrell, evadiéndose con Karin y con el dinero, iba a ser a su vez burlado por ella que, en complicidad con el vecino, Barnaby Clayton, iban a dejarle sin un solo dólar.

—Pero ese hombre es socio de Baxter. ¿Qué necesidad tiene él de obtener medio millón de dólares?

—Tal vez no tenga tanto dinero como tenía Baxter. Y medio millón es siempre una buena suma. Demasiado buena, diría yo. Une eso a una chica atractiva y sofisticada que tal vez le traiga chiflado, como puede ser el caso de Karin Harper... y el tal Clayton haría lo que fuese por ganarla.

—Pero todo eso no aclara mucho la muerte violenta de Baxter ante su caja fuerte desvalijada..

—Tal vez no. Pero si Barnaby sabía por Karin lo que proyectaba Shelby, y luego se ocupó él de matar a su socio por la razón que fuese. . al ser sorprendido tal vez en la casa, vigilando las acciones de Stuart para ayudarle en caso de dificultades, eso tendría algún sentido.

—Demasiado complicado. ¿Crees que Barnaby Clayton se atrevería a seguir las acciones del ladrón en casa de Baxter?

—Dejemos de divagar y sigamos vigilando, como nos ha pedido Frank —cortó vivamente Lena—. Cuando sepamos lo que él obtuvo de la señora Baxter y de Henry Mulder, será el momento de hacer teorías.

Kwan Shang no dijo nada. Se limitó a asentir, y siguieron a la espera. Karin salió de la casa, una hora más tarde. El hombre bronceado y canoso salió a despedirla a la puerta, cerrando luego cautelosamente. Antes de hacerlo, se pasó una mano por el rostro. El tibio sol nublado, reveló un brillo húmedo en su piel. Su paso era inseguro cuando cerraba. Karin Harper, la modelo pelirroja, se hallaba ya en la alameda, caminando hacia la cercana parada de taxis.

—¿Seguimos esperando? —indagó Kwan, frotándose la barbilla.

—Unos minutos. Tal vez esa visita tenga un motivo, y nuestro hombre haya de salir de casa por alguna razón. Entonces le seguiremos.

—Pero…, pero pudo haber salido ya con ella.

—No creo que quiera ser visto con Karin Harper, por la razón que sea. Ella va en busca de un taxi, cuando es obvio que Barnaby Clayton tiene el automóvil ahí, en su propio garaje. Seguramente habrán quedado en reunirse en alguna parte determinada.

—Tu instinto de mujer, seguro que no falla —gruñó Kwan.

Y acertó. Sólo diez minutos más tarde, la puerta de la casa se abría de nuevo. El hombre moreno, vestido con una indumentaria deportiva, salió de la casa, caminando a través del jardín hacia el garaje, cuya puerta entreabierta empujó.

De nuevo Lena notó un paso desigual, vacilante. Observó que se tambaleaba, como si sufriera un mareo, y se apoyaba contra el muro

del garaje, enjugándose el rostro y las manos con un pañuelo.

Algo acudió, de pronto, a su mente. Algo que había oído aquella misma mañana, en el dojo de su residencia, de labios de Frank Cole:

“Se inicia con sudores, fiebre alta, náuseas... Luego, llega la muerte."

—¡Pronto, Kwan, vamos! —gritó, abriendo la portezuela y saltando del coche—. ¡Usa el radioteléfono y llama a una ambulancia! ¡Puede ser urgentísimo!

—¿Qué sucede? —se extrañó el joven oriental.

— ¡Ese hombre, Clayton! ¡Creo que sufre el mismo mal que los demás...!

Kwan no esperó más. Descolgó el radioteléfono, comunicándose con la policía y solicitando una ambulancia con la máxima urgencia. Luego se precipitó detrás de Lena, cuando ya el ágil cuerpo de la mulata salvaba de un salto la valla, corriendo hacia Barnaby Clayton.

El socio de Ward Baxter se desplomaba ya en el suelo de gravilla de su pequeño jardín. Rodó por ella, hasta quedar de bruces.

Lena se inclinó sobre él. Le miró atentamente. Una exclamación brotó de sus labios.

—¡Está muerto! —susurró—. Muerto...

—Y negro por completo, Lena —señaló Kwan, llegando junto a ella, ensombrecido su rostro—. Como si se hubiera carbonizado...

Capítulo III
LAS SEMILLAS DEL HORROR

Frank Cole estrechó la mano de Henry Mulder, contemplando fríamente al individuo de tez pálida, cabellos ralos y rubios, y ojos muy claros y huidizos. Recordó lo que dijera la señora Baxter, y estuvo de acuerdo con ella. No era un tipo agradable, ni mucho menos.

—Es un placer,. señor Cole —dijo Mulder con voz algo seca—. Le he recibido porque lo dijo la señora Baxter, pero comprenderá que no estoy obligado en absoluto a responder a sus preguntas. Usted no es policía, ni tan siquiera un detective privado.

—Muy cierto —el tono de Cole fue tan frío y seco como el de él —. Le molestaré muy poco tiempo, porque camino de su casa, he tenido una comunicación de unos amigos míos, y debo ir a otro lugar lo antes posible. Parece ser que ya hay una cuarta persona muerta. Usted debe conocer a la nueva víctima, señor Mulder.

—¿Yo? —hubo una cierta indecisión en el administrador de Baxter—. ¿Por qué supone tal cosa?

—Porque el muerto es Barnaby Clayton, socio de su difunto jefe.

La tez ya de por sí pálida de Mulder, tomó el color de la cera. Tragó saliva, se agitó, sobresaltado, y apenas si atinó a balbucear:

—No..., no es posible... Barnaby...

—Sí, es posible. Ha ocurrido. Evidentemente, el señor Clayton tuvo contacto directo con las semillas de las rosas negras de Morgan Temple. Ignoraba, como todos los demás, incluido el propio Temple, que ese cultivo será todo lo hermoso que se quiera, pero es irrealizable. Se trata de unas flores tóxicas, cuya semilla es mortal en

corto plazo, apenas está en contacto con las manos, la piel o el olfato de la persona. Eso mató a Barnaby Clayton, según todos los indicios. Por tanto, él debió apoderarse de las semillas que robara Shelby Stuart.

—Pero Barnaby es…, bueno, era un gran floricultor. Se hubiera dado cuenta…

—No. Nadie podía darse cuenta. Ahora, mis amigos están intentando localizar el paradero de esas semillas. Si las encuentran, las aislarán y entregarán a los expertos para su análisis. Mientras sigan por ahí, será como tener suelto a un apestado. Las semillas matarán a quien las toque.

—¡Dios mío…! —Mulder, impresionado, ya no era el hombre hostil de antes. Se dejó caer en un asiento, demudado—. Temple, Baxter, Stuart, Clayton… Demasiadas muertes para nada…

—Exacto. Para nada. Esa flor no tiene valor alguno, si cultivarla significa la muerte para cuantos rodeen a una hermosa rosa negra. Usted tal vez pueda ayudarme a que demos con ella cuanto antes.

—¿Ya? —boqueó Mulder, asombrado—. ¡Cielos, señor Cole! ¿Qué puedo tener yo que ver con esa maldita flor y sus semillas? Ni siquiera sabía que existiera, hasta que leí la confesión de Baxter, sobre el asesinato del viejo Temple…

—Usted miente, señor Mulder. Usted sabía que Temple había logrado algo, y le informó de ello a su jefe. El, entonces, dispuso el espionaje del invernadero, para saber lo que Temple se traía entre mano, y apoderarse de ello si era realmente valioso.

—Tal vez tenga razón en eso —se mostró alarmado y temeroso Mulder, eludiendo la fría mirada de las grises pupilas del joven *budoka* americano—, Pero ahí terminó mi papel. Yo solamente manipulaba un simple caso de espionaje industrial, no un ataque nocturno con homicidio, como terminó Baxter haciendo. Cuando se enteró de que había realmente algo importante en la instalación de Temple, ya destinó por entero a sus guardaespaldas, Atkins y Forbes, a cuidarse

del asunto. No consultó nada conmigo. No pueden acusarme de encubrir un asalto o un homicidio.

—Será mejor que sea así. Más pronto o más tarde darán caza a Howard Atkins y a Graham Forbes, los esbirros de su difunto jefe. Y ellos confesarán todo, porque la confesión de Baxter les delata abiertamente.

—No tengo miedo a nada. Yo me limito a ser un fiel empleado, y nada más.

—Como tal, tendrá formado un criterio sobre esos dos hombres, Atkins y Forbes, ¿no es cierto?

—Por supuesto. ¿Debo exponerlo ahora?

—Como usted dijo, no puedo obligarle a que lo haga. Pero me sería de gran utilidad oír su opinión al respecto.

—Es breve y clara: son dos seres despreciables. Forbes es un maniático de la violencia. Jamás debieron enseñarle karate a un ser como él.

—Hay establecimientos poco escrupulosos a la hora de elegir alumnos —suspiró Cole—, Son los menos, pero ellos faltan a los más puros principios de nuestras disciplinas. ¿Y Atkins?

— Ese es diferente. Más joven e inteligente, aunque cruel y ambicioso. Sirve con fidelidad absoluta a quien le paga, aunque no vacilaría en pasarse a quien le pagara más, traicionando, entonces, a su anterior patrón. Si le ordenan matar, lo hace. Es frío, despiadado y calculador. También tiene otro defecto: es muy mujeriego.

—En resumen, dos buenos elementos —comentó Cole—, Bien, señor Mulder. Gracias por su ayuda.

—¿Es todo lo que quería saber?

—Sí, todo —asintió Frank—, En realidad, no creo que usted tenga mucho más que aclararme. Adiós, señor Mulder. Y recuerde que, si tiene ocasión de ver esas semillas, no sólo no debe tocarlas, sino ni tan siquiera

tenerlas cerca de sí. Son la muerte. Una muerte negra, como el

mismo color de esa rosa creada por Morgan Temple…

* * *

Annabel les contempló tristemente desde el lecho.

—Pueden entrar, sí —les invitó, con voz débil—. El teniente Dobkin, de Homicidios, me ha llamado anunciándome su visita. Sé que son amigos suyos… y que tratan de poner todo esto en claro. Ya nada pueden hacer por mi padre, pero, cuando menos, me gustaría que terminase esta pesadilla de una vez por todas.

—¿Usted sabe lo que pretendemos, señorita Templa? —preguntó dulcemente Lena Tiger, acercándose al lecho de la joven.

—Sí —suspiró ella—. Sé lo que intentan: ayudar a una joven que creen inocente. Para mí, aunque fuese culpable de la muerte de ese hombre, Ward Baxter, las cosas serían las mismas. Les ayudaría, por si era posible librarla de todo mal. Se lo merecería por haber borrado del mundo a un canalla así.

—No hable de ese modo —sonrió Cole persuasivamente—. Después de todo, era un ser humanó. La venganza no es nunca justa.

—Eso es difícil de hacer entender a una persona que ha perdido a su padre por culpa de un hombre así.

—Lo sé. Pero debería consolarle la idea de que, de todos modos, su padre estaba sentenciado a muerte. Llevaba ya en su organismo el veneno de las semillas que él mismo creó.

—Las semillas… —ella meneó la cabeza débilmente, cerrando los ojos—. No sabía lo que me ocurría, hasta que llegó el médico de la policía y me lo refirió. Por fortuna, he llevado poco tiempo en contacto con los cultivos de mi padre. Pero toqué, acaricié esa negra rosa., y empecé a sentir esos dolores, me brotaron esas manchas en la piel… Luego empezó la fiebre y tuve vómitos. Me acosté, y mi médico no sabía qué me sucedía exactamente, aunque estaba seguro de que era una intoxicación.

—Ha tenido mucha suerte en librarse de morir —dijo Lena, sentándose al borde del lecho de la joven y mirándola con afecto—. Los demás no fueron tan afortunados. Ya son cuatro los muertos.

—Cuatro. Dios mío… —cerró los ojos, estremeciéndose—, Mi padre quiso crear algo bello, y desató la muerte más espantosa imaginable…

—Si su padre no hubiese sido atacado, ahora ese mal se hubiese limitado a terminar con su vida, sin dañar a otros. Muchos de los que están muriendo ahora, son víctimas de su propia ambición. Primero fue el hombre que robó las semillas a su padre, y que hubiera muerto de envenenamiento, de no producirse el golpe mortal. Después, el que a su vez robó al ladrón. Y ahora, un hombre que, sin duda, aprovechándose de los momentos de confusión producidos por el intento de asesinato de Glenda Farrell, a manos de su cómplice, y la posterior muerte de ésta, se metió en el *bungalow* y, despreciando el medio millón en efectivo que allí había, se decidió a apoderarse de unos sobres de plástico, conteniendo semillas. Uno de esos sobres estaba abierto y, por el simple hecho de llevarlo encima, en algún bolsillo, iba ejerciendo su acción, filtrándose el veneno a través de la piel, para terminar ocasionando la muerte. Como ve, todos son casos en los que la propia víctima se provocó su final por codicia.

—¿Y ahora?

—Ahora… —Frank se encogió de hombros—. No sé, señorita Temple. Estoy realmente asustado. En casa de Barnaby Clayton, la última víctima, no hay ni rastro de esas semillas. Ignoramos dónde pudo él ocultarlas, pero es evidente que donde estén, son un peligro para cualquiera. Una especie de bomba de relojería que puede estallar en cualquier momento. En cuanto alguien se acerque a esas semillas, en cuanto alguien las encuentre … seguirá la mortandad, inexorablemente.

Annabel Temple cerró los ojos. Respiró hondo, y sus manos pálidas estrujaron el embozo de su lecho. Lena la miraba con gesto

tierno.

—Pobre papá —susurró al fin la muchacha—. Qué lejos estaba de imaginar lo que iba a provocar… Supongo que destruirán sus rosas negras, ahora.

—Sí, tienen que hacerlo. Despiden un aroma letal. No hay otro remedio. Su veneno es más lento que el de las semillas, pero igualmente mortífero.

—Si pudiera ayudarles a encontrar esas semillas… Pero no hay nada que yo pueda hacer por colaborar, por intentar reparar, en parte, el mal que involuntariamente liberó mi padre. .

—No se preocupe por eso. Esto queda ya muy lejos de su control, amiga mía —suspiró Lena Tiger, con esa ternura que sólo una mujer puede demostrar a otra—. Lo que debe hacer ahora es recuperarse… y seguir la labor de su padre. Pero sin buscar nuevas rosas negras.

—La señora Baxter me ha ofrecido su ayuda, por reparar en algo el mal de su marido. Pero yo lo he rechazado. Creo que podré seguir adelante yo sola.

—Estoy seguro de ello —sonrió Cole—. No la molestamos más, señorita Temple. Nosotros tenemos otras cosas que hacer, Y disponemos de poco tiempo para ello, mientras ese veneno ande suelto por ahí.

Estrecharon calurosamente la mano de la joven convaleciente, y abandonaron la vivienda de los Temple. Camino del exterior. Cole echó una ojeada pensativa al viejo invernadero, junto al cual se veía iniciada la obra de otro aún sin terminar, mucho más pequeño. Ya no sería necesario este último. La rosa negra no se podía cultivar.

—Ahí comenzó todo —murmuró Cole, aproximándose—. Si aquella noche no se le hubiera ocurrido el condenado Baxter asaltar el invernadero…

Dirigió una ojeada pensativa hacia el otro lado de la carretera, donde empezaban los cultivos de Baxter, con la residencia de éste en

su centro, visible desde allí. El drama iniciado en el invernadero de Temple había proseguido la misma noche en aquella casa. Con otra muerte, con otro robo…

—Los diarios de la noche traerán ya la noticia —comentó Frank, camino del automóvil—. La gente sabrá pronto que la muerte anda suelta. Eso producirá algo de pánico momentáneo, mermará la venta de semillas, pero al menos permitirá que la gente sepa lo que sucede y, si alguien tiene consigo esas semillas o conoce su paradero, se apresurará a deshacerse de modo definitivo de ellas.

—Seguimos tan en sombras como al principio —comentó Lena, arrugando deliciosamente su naricilla—. No sabemos quién envió a aquellos rufianes contra mí, no sabemos quién mató a Ward Baxter, y no sabemos dónde están las semillas asesinas. Vaya un éxito que estamos obteniendo, Frank.

—Admito que el asunto ofrece muchas lagunas —confesó Cole con un suspiro—. Y no es fácil aclararlas. Sin embargo, la solución ha de ser sencilla. Tan sencilla, que acaso la tengamos ante nuestros propios ojos y no sepamos verla…

Entraron en el automóvil. Kwan condujo ladera abajo. Dejaron atrás la pequeña propiedad de cultivos de los Temple, y desfilaron ante la interminable de los Baxter, el poderoso competidor del hombre que creara la rosa negra de la muerte.

—Lena, ve a la agencia de publicidad para la que trabaja Karin Harper —dijo bruscamente Cole—. Tú, Kwan, ponte en contacto con el teniente Dobkin para qué te dé cuantos datos sea posible sobre los *budokas* que servían a Baxter, Atkins y Forbes. Es decir, ficha policial, si la tenían, fotografías, referencias y todo eso. Yo, por mi parte, tengo también algo que hacer.

—Está bien —asintió Kwan—. ¿Dónde nos reunimos?

—En Chinatown. En el restaurante Li-Huong, a las siete y media.

—Entendido —dijo Lena a su vez—. ¿Debo hablar con esa modeló?

—Si es posible localizarla, si. Háblale de Barnaby Clayton, de Stuart, de las semillas. Apriétale los tornillos a ver qué dice.

—Descuida, así lo haré. Y tú, Frank…, ¿qué tienes que hacen?

—Depende de muchas cosas —eludió él—. No tengo ninguna idea concreta.

—Sea lo que sea…, ten cuidado —musitó Lena, poniendo su morena mano sobre la rodilla de Cole.

—Lo tendré —sonrió él—. Palabra.

Y oprimió afectuosamente aquella mano, color bronce oscuro, que presionaba su rodilla.

* * *

Glenda Farrell clavó sus ojos medrosos y húmedos en el hombre que la visitaba en la prisión de San Francisco.

—Frank Cole… —susurró—. Sí. Lena me habló de usted…

—Lo imagino, Lena me tiene mucho cariño. Seguro que exageró.

—Yo diría que no. Ustedes son muy conocidos. Yo no podía imaginar aquella noche, al ser salvada de la furia asesina de Shelby, que ella podía ser… uno de Los Tres Dragones de Oro.

—Espero que esa circunstancia sea favorable para usted, Glenda. Cuando menos, eso estamos intentando.

—No lograrán nada —musitó ella—. Me acusan de asesinato. El fiscal no tendrá problemas para conseguir un veredicto condenatorio.

—Eso está aún por ver, Glenda.

—No puedo probar que no hiciéramos lo que dicen. El único testigo está muerto.

—Existe otro medio de probar su inocencia.

—¿Cuál?

—Encontrar al verdadero asesino. Y hacerle confesar.

—Eso sería como un milagro. No quiero creer que existan. No hay milagros. Ni quizá los merezca una persona como yo.

—No diga eso. Es justo que puedan condenarla unos meses por el robo, considerando luego, como atenuantes, que él la dominó y obligó, y que luego usted denunció el hecho, entregándose. Pero de eso a pagar por lo que no hizo, media un abismo. De su verdadera culpa puede salir bien librada con unos meses de prisión o un año que le reduzcan a libertad condicional.

—¿De modo que usted me cree, inocente? —se animaron los ojos de la joven.

—Sí, la creo inocente —afirmó Cole—. Lena no se equivoca en cosas así. Y yo estoy empezando a pensar como ella. Glenda, dígame, ¿no recuerda nada especial de aquella noche, algo que pudiera haber olvidado usted, y que, tenga algún significado, que nos permita entrever algo de luz?

—No, nada. Dije todo a la policía. Y a su amiga Lena. Estábamos solos Shelby y yo en la casa. El desconectó todos los sistemas, de alarma, abrimos la caja, nos apoderamos del dinero, él tomó también unas semillas para pedir rescate por ellas a Baxter, y salimos de allí. Al final, un pequeño fallo permitió que nos descubrieran y persiguieran, pero Shelby los pudo burlar fácilmente. Eso fue todo.

—De modo que salieron tras de ustedes. .

—Sí. eso sí.

—Para lo cual, tenían que volver á desconectar todas las alarmas, puesto que entraban y salían incesantemente. y más aún cuando hallasen el cuerpo de Baxter en el despacho.

—Supongo que sí. Yo les vi salir detrás nuestro, abriendo la verja…

—Con lo que tenernos que, si había algún intruso en la casa, pudo salir fácilmente de ella una vez cometido el crimen, puesto que las alarmas se desconectaron y las puertas estaban abiertas, por la sencilla razón de que, para los ocupantes de la casa, los culpables eran ustedes y ya habían escapado.

—Sí, eso tiene lógica —ella le miró, sorprendida—. ¿Cree que

entró alguien más que nosotros en la casa?

—Es muy posible. Si alguien acechaba fuera la forma de penetrar, lo que haría es seguirles a ustedes cuando Shelby iba desconectando los sistemas de alarma, y luego quedarse agazapado en algún punto del edificio, a la espera de su ocasión. Esa ocasión era, simple y llanamente, matar a Ward Baxter. Lo que no podía imaginar el intruso es que, una vez cometido el crimen, tendría tan fácil evasión. Y la aprovechó. Eso, suponiendo que no fuese culpable una persona con llaves y medios para llegar al interior sin causar la alarma, en cuyo caso no necesitaba aprovecharse de su intrusión.

—¿Cuál es su idea concreta?

—Tengo varias —sonrió Cole—. Tal vez pronto confirme una de ellas. Usted, Glenda, no desespere. Si es inocente, y creo que lo es, la sacaremos de aquí.

— Por favor, señor Cole. Si alimento demasiadas esperanzas y luego éstas se ven frustradas…

—No tema. Cuando yo hago una promesa, la cumplo. Lo voy a intentar todo. Usted saldrá de aquí, no lo dude.

Y su mirada, fija en el rostro bello y triste de la joven, logró inculcar a la muchacha todo el valor que ésta necesitaba. Cuando regresó a su celda, seguida por la matrona de la prisión de mujeres, había más optimismo y esperanza en su gesto.

Sin embargo, Frank Cole reveló cierta sombría preocupación cuando abandonó la prisión para dirigirse en su automóvil al centro de la ciudad. Una idea empezaba a germinar en su mente, pero eso no lo explicaba todo, y era lo que más le preocupaba.

Apenas puso en marcha el automóvil, supo que había cometido un error. Pero ya era tarde para rectificarlo.

Su descuido al entrar en el vehículo confiadamente, estaba empezando a pagarlo caro. Un objeto acerado y frío se había apoyado en su nuca. Una voz dura e incisiva le amenazó junto al oído:

—Siga adelante, amigo. Hasta donde nosotros le digamos.

Intente cualquier tontería, y es hombre muerto. No vacilaré en cortarle el cuello. Y si intenta algún truco de *karateka*, recuerde que nosotros dos "también" somos *budokas*. No me será nada difícil romperle la nuca, usted lo sabe.

El espejo retrovisor le reveló la presencia de dos hombres a sus espaldas, hasta entonces ocultos tras el respaldo del asiento. Uno apoyaba una navaja automática de afilada hoja contra su cuello. El otro, tenía alzada la mano en *shuto* o posición, de sable, dispuesto a descargar en cualquier instante un mortífero impacto en su *Kochu* u occipital. Un golpe que podía ser mortal de necesidad.

—De modo que al fin conozco personalmente a Howard Atkins y Graham Forbes, ¿no es cierto? —comentó sarcástico Cole, sin dejar de conducir el automóvil a moderada velocidad.

—Exacto —rió uno de ellos— Veo que nos conoce bien, Cole... Por tanto ya sabe de lo que somos capaces. Siga adelante. Y sin intentar nada, recuerde...

Capítulo IV

CAMINO DE LA VERDAD

Siguió rodando el automóvil, con la doble amenaza a espaldas de Frank Cole. La mirada de éste se repartía entre la carretera y el espejo retrovisor. Podía leer la decisión, en los endurecidos rostros de los dos hombres que tenía tras de sí.

Uno era ancho, robusto; de aspecto brutal y facciones hoscas. Era quien empuñaba la navaja. El otro, más joven, delgado y de facciones correctas, tenía una mirada fría y penetrante, y su mano alzada era recia, musculosa, de endurecido borde, propio de un karateka.

Mentalmente, Cole identificó a ambos, por la descripción que de ellos le hiciera Henry Mulder, el administrador de Baxter:

"El de la navaja es Graham Forbes. Atkins es el otro. El primero es brutal, violento, demoledor. El segundo es frío y cruel. Dos peligrosos enemigos, sobre todo cuando llevan ventaja..."

Sus pensamientos dejaron de girar sobre esa idea. Tenía que librarse de ellos pero no iba a ser fácil. El automóvil en marcha, la presión del acero sobre su cuello, y la mano en sable alzada sobre su nuca, eran tres factores adversos que jugaban en favor de la pareja de rufianes.

—Parece preocupado, ¿eh? —rió Atkins, en uno de los momentos.

—Es lógico preocuparse cuando las cusas no van bien —fue el seco comentario de Cole.

Creí que un Dragón de Oro era más difícil de vencer —añadió, burlón, Forbes.

—Nadie es un superhombre —replicó Cole secamente.

Siguió adelante. La prisión quedaba ya bastante atrás. La carretera se hacía más recta y menos frecuentada. Atkins señaló a un lado.

—Doble en la siguiente desviación a la derecha —dijo—. Por el sendero entre árboles. Será mejor que siga las instrucciones al pie de la letra.

—Está bien. Lo haré. ¿Qué buscan aquí ahora? ¿Qué esperas de mí?

—Ayuda. Nos persigue la policía. Estamos escondidos. El patrón está muerto, y dicen que pudo ser por un golpe de karate. Eso nos implicaría a nosotros, tal vez, y no queremos más líos. Si golpeamos a Temple fue porque él lo ordenó.

—Pero él no puede corroborar su historia. Está muerto. Además, ¿de qué puedo servirles yo?

—De rehén. Mientras esté con nosotros, la policía hará lo que

digamos. Es demasiado popular y estimado para permitir que le ocurra nada, Cole. Pero si nos obliga, será un rehén sin vida lo que tengamos.

—¿Quién les dijo que yo estaba metido en este asunto?

—No es difícil de averiguar. La radio lo ha mencionado. Dicen que ustedes tratan de demostrar la inocencia de esa chica encarcelada. Estábamos vigilando por los alrededores de la prisión, por si uno de ustedes iba a visitarla, como así ha sido. Pudo haber sido cualquiera de ustedes tres. Pero Usted tal vez sea el mejor.

—Podíamos haber sido los tres. ¿Se hubiesen atrevido con todos?

—Claro —rió Forbes—, Pero liquidando antes a dos de ustedes y quedándonos con el superviviente. Lo teníamos decidido.

Y señaló el revólver que su compañero Atkins lucía en el cinturón.

El coche llegaba ya a la desviación señalada. Frank comenzó a girar el volante hacia allá, dócilmente. Su mente, trabajando a toda presión, dio en ese momento la orden a todo su cuerpo.

Fue una orden fulminante, difundida a cada músculo, nervio y tendón de su ser. Un impulso mental que le hizo entrar en acción, aun a sabiendas de que podía ser muerto por aquellos dos *budokas* acorralados, faltos de escrúpulos y de decencia para emplear sus conocimientos de modo honesto y limpio.

Pero no quería ser rehén de nadie. Se jugaba el todo por el todo. No era la primera vez que tenía que hacer algo así.

Actuó magistralmente. Como un torbellino humano.

Apenas viró el coche, le dio un nuevo giro al volante, esta vez con una sola mano, redujo la velocidad y empotró el vehículo entre los arbustos del sendero, al tiempo que saltaba hacia delante con violencia.

La navaja silbó en el aire, rasgándolo como si fuese manteca, sin hallar su objetivo. La mano rígida de Atkins descendió para descargarle un golpe mortal en la nuca. Pero tampoco halló el blanco

elegido.

Frank Cole, con su rápida maniobra, había hecho girar a la vez su cuerpo, y alzar el brazo izquierdo velozmente, parando con su antebrazo el impacto de la mano enemiga, al tiempo que disparaba una pierna y, con el talón, golpeaba matemáticamente la manivela de la puerta del coche, accionándola y abriendo éste.

La navaja fue de nuevo en su busca, y el karateka Atkins le buscó desesperadamente con la otra mano, pero el lugar era demasiado angosto para moverse bien un luchador. Cole le frenó ahora con ambos brazos, parando los golpes, y luego saltó al exterior ágilmente, eludiendo de nuevo el filo de la navaja.

Rápido, saltó sobre la portezuela de atrás, en vez de intentar alejarse de sus dos enemigos. Atkins ya llevaba su mano al revólver, jurando rabiosamente entre dientes.

Esta vez, Cole tiró de la portezuela posterior, abriéndola, y luego disparó su pierna derecha, en *Mae-Geri-Jodan*, alcanzando la mano armada. El revólver voló lejos. El otro, el brutal Forbes, le arrojó la navaja.

Cole vio venir la centelleante hoja hacia él. Rápido, con sus formidables reflejos ante cualquier situación, por difícil que fuese, se lanzó a un lado, aludiendo el impacto del acero en su carne. La navaja se perdió en el aire. Cole pasó al ataque, lanzándose sobre los dos *budokas*, cuyas manos se alzaban ya, a la desesperada, intentando frenarle y martillearle cuando alcanzó la puerta abierta del coche.

Su puño derecho machacó el rostro de Atkins, en un demoledor *Uraken-Shomen*, y el *budoka* gimió de dolor, cayendo hacia atrás. Forbes rugió, lanzando hacia Cole su poderoso puño violentamente.

Cole paró con su brazo, y pasó al ataque de forma demoledora, clavando su pie en un incisivo impacto, sobre la base nasal o *Jinsu* de Forbes. Este se derrumbó pesadamente. De haber querido, ese mismo golpe le hubiera matado. Pero Cole se limitó a dejarle desvanecido.

Y cuando Atkins se recuperaba del golpe sufrido antes en el

rostro, se encontró con un impacto brutal de Cole, un *Nuki-Té* devastador, con la punta de los dedos, la mano en forma de sable, y el pulgar doblado sobre la palma, en *Shi-Hon-Nuki-Té*.

El golpe, duro y afilado como si lo hubiese dado con la punta de una lanza, hirió a Atkins en un punto de *atemi* particularmente sensible: la punta de su mentón. El desvanecimiento fue inmediato. Tampoco quiso matarle, cosa que hubiera logrado fácilmente con el mismo golpe, asestado en otros puntos que no fuesen el *San-Ming* o mentón.

Ya estaban vencidos los dos adversarios. Cole soltó un chorro de aire de sus pulmones, y se apresuró a ligar a ambos, reanudando la marcha hacia el centro de la ciudad, donde entregaría a ambos hombres a la policía.

Pero antes, telefoneó desde el coche, avisando a Dobkin de lo que sucedía. Porque acababa de descubrir en el rostro y manos de sus enemigos, unas manchas amoratadas que revelaban algo inconfundible: también ellos dos eran víctimas de la dolencia fatídica de la rosa negra.

* * *

El teniente Dobkin miró, pensativo, a los tres. Estaban todos reunidos en el restaurante de Chinatown donde Cole citara a sus amigos.

—Bien, amigos —dijo el policía con voz grave—. Hemos resuelto lo más apremiante, gracias a Lena y a todos vosotros. Ahora, las semillas están ya en manos de las autoridades sanitarias. Creo que deben ser destruidas, igual que las rosas ya cultivadas. Es una lástima, pero no podemos permitirnos el lujo de tener en los mercados una flor hermosa y original, al precio de un montón de vidas humanas.

—De modo que mis sospechas eran fundadas —suspiró Cole—. Era Karin la que tenía las semillas...

—Sí —afirmó Lena—. Cuando llegué, estaba ya bastante mal. No toqué nada, avisando al teniente y a las autoridades sanitarias. Las semillas estaban allí, sobre su mesa. Y Karin Harper agonizaba sin remedio...

—Antes de morir, cuando menos, confesó lo que sabía del asunto —dijo con lentitud el teniente de Homicidios, cuyo rostro, infinitamente más negro que la piel de su hermana de raza, Lena Tiger, revelaba la perplejidad que experimentaba—. Todo sucedió como tú decías, Frank. Barnaby Clayton se apoderó de las semillas que robara Shelby Stuart, al oírle hablar de ellas, vigilando desde el exterior del *bungalow*. Su idea era apoderarse del dinero y unirse a Karin, burlándose del burlador. Pero como floricultor que era, comprendió

que esas semillas valían infinitamente más, porque tenía confidencias de que el viejo Temple tenía algo grande entre manos. Esta mañana, al sentirse enfermo, tuvo miedo de que le sucediera algo y, aunque ignoraba lo que contenían las semillas, optó por ir al hospital a hacerse una revisión, dejando a Karin depositaría de las semillas. Sin saberlo, eso sentenció a su bella compinche de modo definitivo.

—Pero Karin sabía algo más, ¿no es cierto? —preguntó Cole, con una suave sonrisa.

—¡Claro, Frank! Sabía quiénes habían planeado matar a Ward Baxter, y le había informado al propio Baxter de ello.

—Pero eso no salvó ¡a vida de Ward Baxter —apuntó Kwan Shang.

—No, no le salvó. Baxter estaba en guardia, y aun así le sorprendió la muerte violenta, anticipándose a la que ya llevaba en las venas —admitió Dobkin, ceñudo—. Eso es algo que nunca comprenderé. Pero, cuando menos, ahora puedo hacer una detención. Y acusar a alguien de asesinato, librando de ese lastre a vuestra amiga, la joven Glenda, que sólo será procesada por robo, aunque con

muchos atenuantes.

—Eso me complace —sonrió Lena—, ¿Cree que los culpables del complot contra Baxter confesarán?

—Uno ya lo ha hecho —asintió Dobkin—. Eso basta, por el momento.

—¿Quién es el que ha confesado?

—Howard Atkins, el *budoka*, el guardaespaldas de Baxter. Ese joven es ambicioso y astuto Formaba parte del plan de asesinato. Tenía que darle a Baxter uno de esos golpes que puede dar un karateka, sin que se manifiesten sus efectos inmediatamente, pero que a largo plazo resulta mortal de necesidad.

—Conocemos bien esa clase de golpes. La muerte retardada. Un arma terrible, en manos de alguien desaprensivo. Basta un golpe que causa un leve dolor inmediato, para que, meses más tarde, o años si se prefiere, surja una especie de dolencia o tumor que acaba con la vida del golpeado. Y que es como un crimen perfecto, ya que nadie puede demostrar nada.

—Ese era el plan para acabar con Baxter.

—Pero los planes se cambiaron bastante —comentó Kwan Shang, irónicamente—. El golpe recibido debió matarle en el acto.

—Sí, en efecto. Sólo que Atkins… niega haberle golpeado. Supongo que seguirá negándolo durante todo el proceso. . Pero le va a servir de poco. Nadie creerá en su palabra. Y menos cuando los dos compinches empiecen a acusarse mutuamente.

—Pero… ¿quién es el otro, el cómplice de Atkins en ese complot contra la vida de Baxter? —quiso saber Kwan, lleno de curiosidad.

—Creo que eso ya lo sabe Cole por anticipado —suspiró el policía.

—Sí —asintió Frank—. Ya lo sé…

* * *

—De modo que usted lo sabe.

—Sí, señora Baxter. Creo que lo supe siempre. Era demasiado fácil la respuesta.

—Entiendo —la dama rubia, de ojos claros, bajó la cabeza lentamente. Sus pálidas manos se estrujaron, angustiadas—. Atkins confesó…

—Era inevitable. Esa clase de tipos se derrumban pronto, señora.

—Debí imaginarlo. Pero pensé que podía resultar.

—Tal vez hubiera resultado. Sólo que el golpe no fue inteligente. No siguieron su plan al pie de la letra.

—Atkins fue un necio. Golpearle así, abiertamente. . ;Oh, cómo me ha defraudado ese muchacho! Lástima que me fijara en él… Aunque debo confesar que recibí de él toda la pasión que jamás pude conseguir de mi marido. Era joven, fuerte, vicioso…

—Y necio. Ni siquiera admite que golpeara a su esposo.

—¡Ese estúpido…! —llamearon los ojos de la viuda de Ward Baxter—. No pretenderá culparme a mí…

—Es lo que él dice —sonrió Cole, irónico—. No le golpeó. Por lo tanto, tuvo que ser usted.

—¡Yo no sé karate. ¡No podía derribar a Baxter ni a otro más débil que él!

—Atkins dice que pudo ser un golpe con una estatuilla. El forense admite que eso es factible.

—¡Mienten todos! Yo no toqué a mi marido. Era tarea de Atkins.

—Señora, negar eso no les conducirá a nada. Son igualmente culpables los que planean un crimen que quienes lo ejecutan.

—¡Es que yo no maté a Ward! ¡Tuvo que hacerlo él, era lo convenido!

—¿Por qué iba a negarlo, en tal caso, si él admite todo lo demás?

—Ward tenía que morir. Era ya insoportable para mí. Pero aún me dominaba, aún era el más fuerte aquí. Y era él quien se negaba a

separarnos definitivamente. Si era yo quien me separaba, él me dejaría sin un centavo. La muerte era el mejor camino. ¡Estúpida de mí! Pensar que él mismo se había cavado ya su propia fosa aquella noche, al matar a Temple y robarle su descubrimiento.

—Ocurren cosas así, a veces. Era un crimen inútil, señora.

—Pero que conste: un crimen que yo no cometí. Insisto: fue cosa de Atkins. No tuvo cerebro al hacerlo.

—Está bien. No insistiré sobre eso. Es cosa de los jueces y jurados, resolver. He venido para advertirla y hacerle menos difícil todo. El teniente Dobkin está fuera, esperando. Podrá entrar cuando usted quiera...

—Ya puede hacerlo, —pálida, pero serena y con valor, la viuda se irguió, solemne—. Ya puede entrar, señor Cole. Iré hasta el fin sin vacilar. No soy de las que tienen miedo y se Suicidan, créame. Sabré pagar mis culpas. Pero no las que no tuve. Insisto: Atkins tuvo que hacerlo, no yo.

Avanzó, majestuosa, hacia la puerta. Cuando el teniente Dobkin entró, se encontró con una mujer fría y decidida, que no objetaba nada a la detención. Los ojos del policía se fijaron en Frank, un momento.

—Ya hemos llegado al final —dijo, encogiéndose de hombros—. Es un alivio, ¿eh?

—Sí, es un alivio... cuando realmente se llega al final —fueron las enigmáticas palabras del joven *budoka*

Capítulo V
LA OTRA VERDAD

—Glenda Farrell está libre bajo fianza —dijo Lena Tiger, apaciblemente—. Se verá pronto su juicio por robo, pero tiene muchas posibilidades de salir bien de ello.

—Sí, eso me hace feliz —asintió Annabel con voz dulce. Su rostro seguía muy pálido, pero también muy sereno—. Me alegro por ella. Pero creo que nunca hubiera llegado a ser condenada.

—¿Por qué no?

—Supongo que la conciencia de una persona no permitiría ver cómo condenan a un inocente por lo que uno ha hecho...

—Mi querida Annabel, eso es conocer mal a las personas —rió Lena, suavemente—. Ni la señora Baxter ni Atkins hubiesen movido un solo dedo por salvar la vida o la libertad de Glenda.

—Y ahora, ellos... ¿tienen alguna posibilidad?

—Ninguna.

—Pero dicen Los periódicos que ambos niegan haber llevado a cabo el crimen. .

—¿Qué pueden decir ellos? —sonrió Frank Cole, mirando fijamente a la joven hija del floricultor—. Negarán hasta el fin, pero no les servirá de nada.

—¿Irán a presidio?

—O tal vez a la cámara de gas —asintió Cole.

—Dios mío... — Annabel se estremeció. Bajó la cabeza. Luego, en un murmullo, sonó su voz patéticamente—. Lena, yo conozco a las personas mejor de lo que cree.. Al menos, me conozco a mí misma... No permitiré que esos dos paguen por algo que no hicieron.

—¿Eh? —Lena Tiger la miró, asombrada—, ¿Qué es lo que dice?

—La verdad… Yo lo hice.

—¿Cómo? —saltó Kwan, atónito.

—Dejadla hablar —rogó, suavemente, Cole—. Ya se ha decidido. Tiene derecho a liberarse.

—¿Usted sabía que yo…? —musitó Annabel Temple.

—Sí, amiga mía —asintió tristemente. Cole—. No podía ser de otro modo. Usted llegó al invernadero antes de lo qué dijo a la policía. Vio muerto a su padre, vio huir a Baxter y su gente… Le siguió hasta su propiedad, se quedó allí, mirando a la casa, sin saber qué hacer. Y, de repente, llegan una pareja de ladrones, desconectan las alarmas… Usted les sigue. Usted se oculta en la casa. Cuando baja Baxter a la sala, le golpea con una estatuilla. Le mata. Huye con más facilidad de lo previsible, cuando creía que sería cazada fácilmente. La venganza se ha cumplido. Su padre fue asesinado por Baxter. Y Baxter por usted.

—Dios mío, sí… —el llanto corría de los ojos de la joven—. Así fue todo… Luego me arrepentí tanto. Pero al ver a papá muerto, al saber quien lo hizo… el odio me cegó… Pero yo nunca hubiera dejado que Glenda… pagara por mí. Tampoco ahora permitiré que esa pareja pague por ese crimen. Soy la culpable. Quiero confesarlo, quiero pagar, quiero liberarme…

—Sí —suspiró Cole—. Creo que es justo, muchacha. Vamos, amigos,. Avisemos a Dobkin. Ella tiene derecho a liberarse y liberar su conciencia.

En silencio, los Tres Dragones de Oro fueron hacia la salida de la casa de los Temple. Miraron a la joven. Ella personalmente, con energía, con serenidad, fue al teléfono. Marcó el número.

Y comenzó a hablar. A confesar…

F I N



¡KIAI!

HEROES DE LAS ARTES MARCIAL

EDITORIAL BRUGUERA, S.
en su nueva Serie titulad

¡KIAI!

ofrece a sus lectores las aventuras d
puñado de esforzados personajes que
puesto sus conocimientos en ARTES
CIALES al servicio del BIEN y de la JU
CIA.

¡KIAI!

es la voz que define la proyección ext
de la fuerza vital que todo hombre p
y que los BUDOKAS han sabido poten
hasta límites asombrosos, como un
más, alcanzado en el transcurso del
camino emprendido en pos de la pe
ción, tanto física como moral.

APARICION SEMANAL. ASEGURE
RESERVA DE SU EJEMPLAR.

EDITORIAL BRUGUERA, S
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (Esp

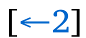
PRECIO EN ESPAÑA: 30 PT

Impreso en Esp

Notas

[←1]

Véase Ajedrez de terror, dentro de los títulos del mismo autor, publicados en la serie ¡KIAI!.



Se refiere a una peripecia del título: Ajedrez de terror, de esta misma serie.